

El pequeño libro de



Bob

Lecciones de vida de un gato callejero



JAMES BOWEN

JAMES BOWEN

EL PEQUEÑO LIBRO DE BOB

Lecciones de vida de un gato callejero



Traducción del inglés
Paz Pruneda

A Ron Richardson, que siempre está ahí para mí, sin importar para qué.

«Se necesita muy poco para llevar una vida feliz; todo está dentro de uno mismo, en tu forma de pensar».

MARCO AURELIO

«He estudiado a muchos filósofos y a muchos gatos. La sabiduría de los gatos es infinitamente superior».

HIPPOLYTE TAINÉ



INTRODUCCIÓN

Como la mayoría de la gente, he tomado malas decisiones en mi vida. Bastante más de unas pocas.

Sin embargo, mi decisión de adoptar a un gato callejero pelirrojo llamado Bob no fue definitivamente una de ellas. Todo lo contrario; yo diría que fue el paso más sabio que he dado nunca. En muchos sentidos, nos salvamos el uno al otro. Él estaba herido cuando lo encontré en la primavera de 2007 y yo lo curé hasta devolverle la salud.

Y, sin duda, él me rescató. Cuando echo la vista atrás, comprendo que mi vida era un auténtico desastre antes de encontrarlo. Durante una década o más, fui un adicto que pasó un largo periodo viviendo en la indigencia y durmiendo al aire libre o en refugios. Había llegado a mi última oportunidad —o a mi novena vida, si lo preferís—, por lo que debo reconocerle a Bob el mérito de haberme ayudado a darle la vuelta a las cosas.



He pensado a menudo en la vida que llevó antes de que nos conociéramos. A juzgar por las heridas de su cuerpo cuando lo encontré, tuvo que ser una existencia bastante precaria. Era evidente que se había metido en varias peleas. Pero ¿cómo había podido sobrevivir en el día a día? ¿Había sido siempre un gato callejero? ¿Lo habría estado buscando alguien antes que yo? No tenía ni idea.

Durante todo nuestro tiempo juntos, él ha seguido siendo un rompecabezas. Un enigma.

Una cosa que comprendí, sin embargo, desde el primer momento, es que posee una sabiduría inusual, incluso para ser un gato.

No sé si tiene algo que ver con las lecciones que aprendió durante su misteriosa vida anterior, pero parece como si fuera un viejo filósofo que lo entendiera todo y a todos los que le rodean. Como si ya lo hubiese visto todo con anterioridad. Se conoce la vida de arriba abajo. Nada parece perturbarle. Y se toma las cosas a su ritmo.

En la década transcurrida desde que nos conocimos, se ha hecho aún más sabio a mis ojos. Mi vida ha cambiado drásticamente durante este tiempo, gracias a una serie de autobiografías sobre nuestra vida juntos y, más tarde, a una película, *Un gato callejero llamado Bob*. Se ha adaptado a los cambios ocurridos en nuestra suerte con facilidad. Se siente igual de cómodo conociendo a gente en una firma de libros o en los preestrenos de la película, como sentado en la acera mientras yo tocaba mi guitarra en Covent Garden o vendía ejemplares de *The Big Issue* a la salida de la estación de metro de Angel al norte de Londres.

Sé que puede sonar raro o incluso un poco tonto decir estas cosas sobre un gato, pero encuentro que Bob es muy inspirador. A veces, el solo hecho de sentarme y observarle puede ser suficiente para hacer que deje a un lado mis preocupaciones. Me fascina la forma en que se comporta, el modo en que interactúa con el mundo y cómo responde a las diferentes situaciones. Incluso la manera en que afronta su rutina diaria. Estar con él me ha hecho abrir los ojos a miles de cosas. Ha suscitado en mí un montón de ideas. Durante los últimos diez años o más, él ha sido para mí una especie de gurú.

Este libro es una recopilación de algunas de las experiencias y percepciones que he ido adquiriendo durante mis años con Bob. Una guía de su sabiduría callejera, si preferís. Confío en que os ayude tanto como lo ha hecho conmigo.

JAMES BOWEN
Londres, 2018



PRIMERA PARTE.
En Bob confiamos.
Lecciones de amistad



A menudo se dice que los humanos no adoptan gatos, sino que son más bien ellos los que nos adoptan a nosotros. Sospecho que es bastante cierto. Después de todo, se trata de animales de gran inteligencia. Y en el fondo, tengo el presentimiento de que ellos entienden algo que nosotros los humanos solemos pasar por alto: el sumamente importante valor de la amistad. Ese, sin duda, es un tema sobre el que Bob me ha abierto los ojos de muy distintas maneras.



La amistad es como un par de botas nuevas

Cuando Bob vino a vivir conmigo tenía un carácter bastante áspero y hosco.

No se tomaba nada bien que le dijera lo que tenía que hacer y en ocasiones podía ser muy revoltoso si le impedía hacer algo. Antes de que lo castrara, soltaba patadas y me arañaba. Mis manos aún lucen las cicatrices de sus ocasionales berrinches.

Estaría mintiendo si dijera que su comportamiento no me desesperaba muchas veces. Pero yo sentía que entre nosotros se había creado un afecto instantáneo y quería que nuestra relación funcionase.

Recuerdo que en aquella época, acababa de adquirir un par de botas negras de estilo militar, en una tienda de beneficencia local. Las viejas literalmente se habían deshecho. Este nuevo par no me estaba del todo bien; las botas me apretaban un poco y habían empezado a rozarme y causarme ampollas. El mejor momento del día era cuando me las quitaba.

Una noche, tras haberme descalzado y dejado que mis pies respiraran, caí en la cuenta. Bob estaba recorriendo de un lado a otro el apartamento, con aspecto un tanto agitado. Esa misma tarde, un poco antes, me había bufado cuando traté de animarle a que usara el cajón de arena que había traído a casa.

Está empezando a sentirse incómodo conmigo y su nuevo hogar, me dije. Las cosas que hacía parecían destinadas a afectarle de manera equivocada. Pero con paciencia, conseguiríamos

moldear nuestra amistad y que nuestras personalidades fueran acoplándose. Nos acostumbraríamos el uno al otro, aceptando nuestros respectivos modos de ser.

De hecho, nuestra amistad no era muy diferente a mi nuevo par de botas. Requeriría un poco de tiempo. Se produciría cierta incomodidad. Nos irritaríamos el uno al otro. Pero, al final, encajaríamos bien. Y así fue.



Espíritus libres

El momento en que supe que Bob y yo estábamos destinados a estar juntos, fue un día inolvidable en que él saltó al autobús para viajar conmigo a Londres.

Me quedé atónito. Había tratado de ahuyentarlo después de que me siguiera desde mi apartamento hasta la parada del autobús y, cuando este se puso en marcha, supuse que se habría quedado en la acera. Pero de pronto ahí estaba, en el asiento al lado del mío, acurrucado junto a la funda de mi guitarra como si él también formara parte de mi equipaje.

El conductor del autobús me había sonreído preguntándome si era mío.

—Supongo que sí —le había contestado entonces, pero rápidamente comprendí que ese no era el caso.

Bob es una fuerza de la naturaleza, un espíritu libre. Él no era mío. No era una posesión. Yo no era su dueño, ni tampoco lo soy ahora. Hemos escogido estar juntos en el presente. Pero ¿quién sabe lo que nos deparará el futuro? Él siempre será mi amigo, pero es libre de marcharse cuando quiera.

Creo que la libertad es fundamental para una auténtica amistad.



Somos más fuertes juntos

Una noche, unas semanas después de que Bob y yo comenzáramos a vivir juntos, me dispuse a hacer la cena. Había decidido preparar espaguetis a la boloñesa. Bob estaba acurrucado en un rincón, observándome.

Encendí la radio, sintonicé algo de música, puse a hervir un poco de agua y, cuando estaba abriendo el paquete de pasta, la idea me vino a la mente. Era un recuerdo lejano de mi infancia, de alguna fábula o cuento sobre un viejo que enseñaba a sus hijos una valiosa lección utilizando un puñado de palillos.

—Mira esto, Bob —dije, sacando un único espagueti antes de echarlo en la cacerola con agua hirviendo.

—Esto éramos tú y yo antes de ser amigos. Cuando estábamos solos.

Entonces cogí un grueso puñado de espaguetis, doblándolos a un lado y otro, pero sin llegar a partirlos por la mitad.

—Y esto somos tú y yo ahora.

Ladeó la cabeza mirándome como si yo estuviera un poco chiflado. No lo estaba, por supuesto. Nunca había dicho nada más sabio.

Bob podría haber pasado esa noche en las calles. Solo, muerto de hambre y de frío. Y de forma semejante, yo podría haber seguido viviendo precariamente como un adicto sin techo. Sin ningún objetivo ni nada que me centrara en la vida. Pero el caso es que no era así. Nos habíamos encontrado el uno al otro. Y estábamos mejor, más seguros y sanos por ello.

Todos somos más fuertes juntos que por separado.



El amigo más verdadero

La gente siempre se queda fascinada por el vínculo tan especial que existe entre Bob y yo. ¿Cómo hemos llegado a establecer lazos tan fuertes? Al final, he terminado por comprender que la respuesta es muy sencilla.

Vivimos en un mundo en el que es difícil tener fe en prácticamente todo. Políticos, instituciones, gente... todos parecen decepcionarnos en un momento u otro. Yo al menos lo sentía así. Muchos de mis problemas me los provoqué yo mismo, pero también provenían de relaciones rotas y de la sensación de no haber sido querido.

Nuestras relaciones con los animales ofrecen una alternativa. Podemos confiar en ellos porque no nos van a mentir. No nos engañan. No nos decepcionan. Su afecto por nosotros —llamadlo amor, si preferís— es incondicional.

Saber que esa amistad está siempre disponible para ti no es solo un inmenso consuelo, también es una fuente de fuerza.



Un amigo en apuros

Todo el mundo tiene buenos amigos cuando el viento sopla a favor. Estos están presentes en los buenos tiempos. Siempre rondando a tu alrededor para compartir celebraciones, fiestas, cosas fáciles. Pero cuando —e inevitablemente acaba sucediendo— la vida se adentra en aguas pantanosas, esa gente se disuelve en el fondo, o peor aún desaparece por completo. No son verdaderos amigos. Un amigo verdadero está a tu lado en los tiempos de necesidad. Cuando no

hay nada que ganar. O peor. Algo que perder.

Ha habido muchas veces en las que Bob se ha mostrado totalmente independiente, feliz porque le dejara hacer lo que le diese la gana. Podía dormir donde quería y cuando quería. Exploraba mi apartamento y el ancho mundo cómo le apetecía.

Pero también tenía una habilidad para saber en qué momentos era necesario. Lo advertí por primera vez cuando cogí un terrible resfriado, unas semanas después de empezar a vivir juntos. Yo estaba tumbado en la cama, tosiendo y expectorando, compadeciéndome de mí mismo. Entonces noté cómo él se acurrucaba cerca de mí, apenas a unos centímetros de mi cara. Estaba ronroneando rítmicamente. Eso me consoló casi de inmediato.

Aparte de cualquier otra cosa, me hizo sentir que no estaba solo. Además el ronroneo resultó bastante relajante. Pero había algo más, una sensación de compañerismo, un sentimiento bastante inusual para mí, el de compartir mi vida con alguien.

Bob ha conservado ese hábito. Cada vez que estoy un poco bajo, él se muestra muy atento. Instintivamente, parece saber cuándo es el momento indicado para ejercer de amigo.

He llegado a ver la amistad de esa manera. No se trata de estar ahí cada momento del día, se trata de estar cuando es importante.



El mismo camino

Es mucho más difícil que alguien entienda el viaje que has emprendido si no ha recorrido el mismo camino que tú. Esa es la razón por la que las amistades más fuertes suelen forjarse en el mismo fuego. Cuanto más duros sean los tiempos que has atravesado, más sólidos serán los lazos que te unan.

Y ese es ciertamente mi caso con Bob.

Ambos hemos pasado mucho juntos. Tiempos malos y tiempos buenos. Hemos recorrido un trecho tan largo del mismo sendero que nuestros caminos raramente divergen. Y probablemente esa es la razón por la que, desde que nos encontramos, nunca hemos tenido que llevar vidas separadas.



Los verdaderos amigos simplemente comprenden

Todos tenemos días malos. Todos experimentamos momentos en los que, por cualquiera que sea la razón, todo parece estar fuera de lugar. El mundo parece fuera de servicio.

La mayoría de las veces no puedes explicarlo. Ni tampoco quieres. Simplemente deseas cerrar

la puerta y olvidarte de todos y de todo. Llámalo como quieras: depresión, *blues*, un mal día. Al final todo es lo mismo.

En momentos así, he observado que la amistad de Bob es sutilmente diferente. Muchas veces ni siquiera soy consciente de su presencia. Él se acomoda bajo la silla o la cama, cerca de mí. En espera.

Es como si pudiera percibir mi humor; como si supiera que necesito espacio, pero también que hay que vigilarme. Él parece comprender.

Una vez más, he llegado a ver esto como un signo de auténtica amistad. De alguien que sabe captar instintivamente que a veces no necesitas que te pregunten a cada minuto por qué estás triste. No quieres tener que explicártelo a ti mismo. Solo quieres que alguien comprenda tu humor, y nada más.



A veces necesitas perder algo para saber apreciarlo

Unos años atrás, tuve que pasar unos días en el hospital tras desarrollar una trombosis venosa profunda, una lesión muy dolorosa en mi pierna. Aún era joven, en ese momento ni siquiera había cumplido los treinta años, pero pasar todo el tiempo recostado en la cama durante horas sin fin fue realmente un toque de advertencia. Me hizo comprender que había dado por sentada mi buena salud. Había asumido que yo era invencible, que siempre estaría en forma y sano, a pesar del evidente daño que me había causado a mí mismo como un adicto que vivía en las calles.

Para mi sorpresa, la ausencia de Bob tuvo casi el mismo impacto en mí. A esas alturas, él se había convertido en un compañero siempre presente. Siempre dispuesto a alegrarme.

En consecuencia, mientras estuve ingresado le eché terriblemente de menos, ya que por razones evidentes, no podía venir a visitarme.

Cuando me dieron el alta, esa primera noche de vuelta en mi apartamento con él supuso un impulso mucho mayor para mi ánimo que cualquier diagnóstico médico o medicina que pudieran haberme dispensado en el hospital. Cualquier periodo lejos de él, por breve que sea, ahora me recuerda a esa época y refuerza mi apreciación de la suerte que tengo por contar con él en mi vida.

Algunas veces —al igual que sucede con tu salud— tienes que perder la amistad de alguien para poder apreciar su verdadero valor.



Los amigos pueden ser una buena influencia

Una tarde Bob y yo viajábamos en el metro de Londres de vuelta a casa. Debía de celebrarse

algún partido de fútbol porque el vagón iba atestado de escandalosos seguidores que llevaban bufandas y camisetas de su equipo. Tuvimos que apretarnos junto a un grupo de ellos —cuatro chicos jóvenes— que estaban de un humor bastante agitado.

Acabábamos de pasar una estación cuando uno de ellos empezó a vociferar el nombre de su equipo a voz en grito, y a pocos centímetros de mí. Sus chillidos pillaron a Bob completamente desprevenido, pero los soportó como suelen hacerlo la mayoría de los curtidos viajeros de Londres. Arqueó el lomo levemente y luego se dio la vuelta, hundiendo su cabeza en mi abrigo, como si desconectara del barullo que le rodeaba.

Yo no había tenido el mejor de los días y no me sentí impresionado por el comportamiento del chico. «Podrías no hacer eso. Estás asustando a mi gato», dije tan educadamente como pude.

Los cuatro chavales me miraron confusos. Intercambiaron una mirada y luego se rieron. Probablemente no podían creer que habían sido amonestados por un hombre con un gato en su hombro. Pero para ser justos, me hicieron un gesto de asentimiento como si lo comprendieran. Se portaron razonablemente bien hasta que se bajaron del tren, dejándonos a Bob y a mí tranquilos.

Unos años antes, sin duda habría sido más combativo. Es posible incluso que me hubiera dejado llevar por mi mal humor. Pero esa noche, comprendí que simplemente eran unos chavales jóvenes. No hacían ningún daño. Me había mordido la lengua, dejándolo estar y dándoles un respiro. Tenía la impresión de que todo había sido gracias a la presencia de Bob.

Él me había ayudado a ver el mundo de forma diferente al tener a alguien a quien cuidar. Alguien más en quien pensar. Una responsabilidad que, sinceramente, no había experimentado antes. Y, tal vez, sin que yo hubiera sido consciente de ello, me había vuelto menos egoísta. Y también más amable y considerado.



Los amigos son libres de hacer el ridículo

De cuando en cuando, Bob hace algo totalmente impredecible. A veces, y sin una razón aparente, decide instalarse en el respaldo del sofá, estirándose mientras duerme hasta adoptar una posición físicamente imposible e inimaginable, que parece desafiar las leyes de la gravedad. De la misma manera, también puede darle por saltar y empezar a corretear alrededor de la habitación como si tratara de alcanzar a una mosca o una avispa. Su objetivo es completamente invisible, al menos para mí.

Si no se tratara de alguien a quien conozco bien, podría preocuparme. Podría inquietarme por el hecho de que esté comportándose de una forma muy rara. O porque no sea el gato que una vez creí que era. Pero no lo hago. Porque es Bob, mi mejor amigo, y ni siquiera muevo una pestaña.



No me siento a analizar qué se le pasa por la cabeza, preguntándome si será algún profundo problema psicológico. Lo observo y me río. (A menos que realmente esté dañando el mobiliario, por supuesto).

Una de las grandes bendiciones de contar con una fuerte amistad es que te da la libertad para ser tú mismo estando juntos, para desmelenarte y volverte un poco loco de vez en cuando. Conoces tan bien al otro como para no tomártelo en serio. Y eso no cambia nada a largo plazo.



Comparte tu buena suerte

Decir que Bob transformó mi suerte sería subestimarlo. En los diez años que llevamos juntos, mi vida ha cambiado más allá de todo reconocimiento posible. La primera vez que formamos equipo, salíamos a tocar y a vender *The Big Issue* juntos, y sobrevivíamos bastante precariamente. En los últimos años nuestro trabajo ha sido muy diferente: apariciones en eventos públicos, en televisión, firmas para promocionar los libros y la película.

Me gustaría pensar que no he cambiado demasiado en ese tiempo. Pero, en última instancia, probablemente corresponde a los demás juzgarlo. Lo que sí puedo afirmar con absoluta seguridad es que Bob no se ha alterado en lo más mínimo. Ha continuado siendo él mismo —un gato muy zen—, mientras viajábamos por todo el mundo, conociendo a miles de personas y apareciendo en incontables programas de televisión. Y, sin embargo, nunca ha dejado de mostrarse relajado y contento, desde Berlín a Tokio, desde Truro a Glasgow.

Ha tenido sus esporádicos momentos de mal humor. ¿Quién no los tiene? Pero en general,

apenas ha emitido un gemido de queja. Simplemente se sienta balanceando su cola rítmicamente, ronroneando suavemente en algunas ocasiones, provocando al hacerlo una sonrisa en las caras de la gente, incluida la mía. La alegría que me da ver cómo proporciona tanta felicidad a los demás es indescriptible. Y saber que él está contento y feliz por hacerlo lo hace aún más valioso.

Se dice que un problema compartido es un problema medio resuelto. Pues bien, yo creo que lo contrario también es verdad. La buena fortuna compartida es buena fortuna duplicada.



La fe en los amigos siempre es recompensada

Mi estómago no dejaba de dar vueltas mientras conducía a Bob por delante de los focos y cámaras que habían sido instalados en el callejón entre Bow Street y Drury Lane.

Llevaban varias semanas de rodaje de la película *Un gato callejero llamado Bob* y el director Roger Spottiswoode estaba ansioso por experimentar con Bob «actuando» en una escena. Yo no me había mostrado muy seguro, pero él y el productor Adam Rolston me convencieron de que era una buena oportunidad.

La escena que habían escogido exigía que Luke Treadaway, el actor que me representaba, estuviera sentado en la acera, tocando la guitarra. Era una escena que Bob se sabía de memoria — la había vivido durante años.

Pero mientras le llevaba hasta allí me sentí invadido por las dudas. ¿Estaría contento de hacerlo? Y aunque lo estuviera, ¿sería capaz de hacer lo que se requería de él? No quería decepcionar a nadie. Y ciertamente no quería hacer perder el valiosísimo tiempo del equipo de la película.

Las cámaras apenas habían comenzado a rodar cuando Bob hizo algo sorprendente. Mientras las filas de extras pasaban por delante, arrojando ruidosas monedas en la funda de la guitarra, él comenzó a asentir a cada uno de ellos, como si diera las «gracias».

Las caras del equipo eran un cuadro. Saltaba a la vista que todos se estaban haciendo la misma pregunta: «¿Habéis visto lo que he visto?». Así era. Y lo vieron de nuevo en la siguiente «toma», y en la siguiente.

Desde entonces, Bob comenzó a aparecer en tantas escenas como fue posible. Estaba trabajando junto con un equipo especializado de gatos pelirrojos que había sido traído desde Canadá y entrenado para hacer las secuencias de acción más difíciles. Bob no podía hacer eso. Esas quedaron para sus dobles.

Durante esas pocas e irreales semanas aprendí un montón de cosas. Pero la lección que Bob me enseñó esa noche fue, tal vez, una de las más importantes. Ten fe. Cree en los amigos que creen en ti. Si lo haces, ellos te recompensarán esa fe.



No puedes perder a un amigo de verdad

A lo largo de los años que llevamos juntos, Bob ha huido de mi lado en dos ocasiones. Ambos incidentes sucedieron al principio de nuestra convivencia cuando Bob se asustó, primero por culpa de un artista callejero, y luego por un perro muy agresivo.

Después de esos episodios volvimos a reunirnos, pero eso no significó que la separación no fuera dura. Durante los periodos, gracias a Dios breves, en que Bob y yo estuvimos separados, sentí un persistente dolor, como si algo no funcionase en alguna parte de mí. Y no ha sido hasta mucho después cuando he reconocido lo que significaba.

Los únicos amigos que puedes perder son aquellos que no son realmente amigos.

Nunca puedes perder a un amigo verdadero. Incluso si estáis separados. Esa amistad vive dentro de ti. Forma parte de cada uno. No se va a ninguna parte.



SEGUNDA PARTE.
Es la vida de Bob.
Lo que necesitamos para ser felices



Todos buscamos la realización personal. Pero ¿cómo y dónde encontrarla? ¿Cuáles son los cimientos, los ingredientes imprescindibles para una existencia satisfactoria? En otras palabras, ¿qué necesitamos para ser felices?

Se trata de algo que me he preguntado a menudo durante la década que he pasado con Bob. Él ha sido esencial a la hora de guiarme hacia algunas de las respuestas.



Todos necesitamos ser reconocidos

Una vez que establecimos nuestra vida en común, a Bob nada le gustaba más que ser acariciado o que le hicieran caso. Me daba la impresión de que durante mucho tiempo nadie le había mimado, que había estado privado de toda atención.

Me reconfortaba saber que yo podía proporcionarle esa atención, pero también me preocupaba. No dejaba de imaginar su vida anterior y pensar que había dormido en callejones, siendo ignorado por la gente. Y, además, sin que nadie le hiciera ningún caso

No podía ni imaginar cómo debía ser sentir eso. Yo mismo había podido experimentar algo parecido durante el tiempo que viví en las calles. Al igual que él, había sido ignorado y marginado. Había desaparecido hasta convertirme en un hombre invisible. Y también entendía que su felicidad conmigo era una reacción por estar empezando a sentirse importante. Especial.

Todos necesitamos ser reconocidos. Todos necesitamos sentir que somos importantes. Que somos necesarios.



Todos necesitamos una rutina

La rutina en la que finalmente acabamos acoplándonos fue la clave para conseguir que Bob se convirtiera en un gato más tranquilo y satisfecho. Por ejemplo, no se ponía tan excitado y agitado si comía siempre a la misma hora: a primera hora de la mañana y a media tarde, alrededor de las seis. Y si para entonces podía echarse una siesta, se volvía menos errático. Menos crispado.

Con el tiempo, a medida que nuestra relación fue asentándose en un patrón de trabajo regular, esa rutina se afianzó aún más. Para entonces ya estábamos en verano y yo solía dirigirme a Covent Garden para tocar a una hora más tardía del día. La multitud era más numerosa —y generosa— a última hora de la tarde y por la noche.



Por lo general tardábamos tres cuartos de hora más o menos en llegar al centro, así que para conseguir estar a esa hora punta de la tarde, necesitábamos salir de casa hacia las cinco —aunque para ser exactos, Bob solía apostarse en la puerta a las cuatro y media—. Para entonces ya se había terminado cualquier resto de comida que tuviera en su cuenco, y se posicionaba allí delante. Era como si estuviera diciendo: «Apresúrate, colega, tenemos que coger un autobús».

Podría haberlo usado como reloj. De hecho, en más de una ocasión me había servido de alarma, metiéndome prisa cuando mi mente estaba en otra parte.

Ahora comprendo que la necesidad de tener certezas es algo universal, algo que todos y cada uno de nosotros sentimos. La rutina nos proporciona parámetros y, lo que es más importante, hace que nos sintamos seguros.



Todos necesitamos nuestro espacio

Cuanto más conocía a Bob, y sus maneras felinas, más me daba cuenta de que él y yo no éramos, después de todo, tan diferentes. Y una vez asumido eso, también empecé a comprender lo que le haría sentirse en casa.

Por ejemplo, había oído decir que el territorio siempre es muy importante para los gatos. Por eso utilizan las glándulas de olor en sus patas y zarpas para dejar rastros por donde quiera que vayan. Que esa es la razón por la que se frotan contra los muebles o los arañan —y también a nosotros, aparentemente—. Eso les proporciona la tranquilidad de que su espacio es «seguro».

Había conseguido disuadir a Bob para que dejara de hacerlo apartándolo suavemente cada vez que empezaba a clavar sus garras en las patas de una vieja y destartada silla en un rincón de la casa.

Pero no fue hasta que un amigo vino a visitarme con su perro, un labrador negro, cuando caí en la cuenta. Nada más ver al perro, Bob arqueó el lomo, siseando y retrocediendo hasta un rincón seguro. El perro ladró un par de veces, pero pronto se calmó. Bob lo estuvo observando como un halcón. Y al minuto siguiente a que el perro hubiese salido por la puerta, entró en acción, recorriendo ávidamente el apartamento, frotándose y arañándolo todo.

—Está reclamando su territorio —me dije.

Todos necesitamos nuestro espacio. Todos preferimos que este sea de una manera determinada y «marcarlo» para que resulte inequívocamente propio, con nuestra elección de mobiliario, colores, cuadros y fotos en la pared. Incluso llegamos a disgustarnos si otras personas invaden ese espacio y rompen ese equilibrio.

Desde entonces, he permitido que Bob continuara haciéndolo. Se frota contra mí, contra los muebles, los marcos de las puertas, los radiadores. Todo lo que le haga sentir que ha establecido su territorio y que este es seguro.



Todos necesitamos ser independientes

Bob siempre ha sido autosuficiente. Creo que eso se remonta a sus días en las calles, en los que tenía que cuidar de sí mismo.

Parece haber aprendido que si algo necesitas en la vida, generalmente lo mejor es confiar en uno mismo para lograrlo, pues lo más seguro es que nadie más lo haga por ti.

Así, al principio de nuestra convivencia, descubrió cómo abrir las puertas de los armarios de la cocina para buscar comida. También aprendió a «ir al baño» por su cuenta y, en una ocasión, para mi sorpresa, incluso usó el inodoro de mi apartamento.

En los últimos años, se ha vuelto aún más resolutivo. En mi nueva casa, Bob es capaz de girar los pomos de las puertas, especialmente la que da a la cocina, donde están el bol de su comida y el del agua en el suelo.

Y lo que es aún más impresionante, ha aprendido cómo girar el grifo de uno de los lavabos de la planta superior. Le encanta ver el agua correr y, cuando se siente un poco acalorado, sumerge su pata en el chorro y se lame para saciar su sed.

Eso siempre me hace sonreír. Pero también me refuerza en una idea importante. Todos necesitamos ser independientes. Todos necesitamos sentir que podemos controlar nuestras vidas.



Todos deseamos sentirnos protegidos

Un día nos encontrábamos en el centro de Londres, al principio de empezar a vivir juntos, cuando se produjo una fuerte explosión en algún lugar cercano. Al principio cundió el pánico. Vivimos tiempos peligrosos. La gente no sabía qué había sucedido, ni si debía esconderse o echar a correr buscando un lugar seguro. Después de un rato, sin embargo, la cosa se calmó.

Bob iba caminando a mi lado. Reaccionó instantáneamente al estruendo y saltó hasta mis hombros. Yo estaba tan inmerso en el drama que ni siquiera lo advertí. Pero cuando las cosas se calmaron, noté que él aún seguía allí, hecho una bola, apretándose contra mi cuello.

Se había acostumbrado a subirse a mis hombros cuando caminábamos por el centro de Londres, pero esta era la primera vez que le veía saltar en un acto reflejo, como si buscara un refugio seguro. Me sentí conmovido, y eso reforzó la sensación que yo sentía de que allí estaba seguro, protegido en mi compañía. Y esa seguridad era una de las razones por las que había decidido quedarme conmigo.

Todos necesitamos sentir esa seguridad. Saber que estamos protegidos por alguien o algo.



Todos necesitamos ser nosotros mismos

Me había llevado a Bob al parque en el borde de Embankment, cerca de donde habíamos estado tocando alrededor de la estación de Charing Cross. Decidí sentarme un momento y tomarme un respiro, mientras él hacía sus necesidades en los arbustos.

Estaba atado a una larga correa de cuerda que yo podía prolongar aún más. Pasado un rato, sentí un tirón en ella como si yo fuese un pescador que hubiese atrapado un pez. Bob estaba intentando internarse más profundamente en los arbustos. Me levanté y solté un poco más de cuerda. Supuse que quería encontrar el lugar adecuado.

Pero cuando emergió, un par de minutos más tarde, lo hizo con un pequeño ratón entre los dientes. Estaba vivo y coleando, tratando desesperadamente de escapar. Me disponía a intervenir, cuando el ratón logró escapar. Bob lo había dejado en el suelo durante un segundo y este había aprovechado la oportunidad para salir corriendo. Se había escabullido a la velocidad del rayo.

No debería haberme sorprendido. Los gatos son criaturas depredadoras. Si iba a tener que coexistir en el mundo con Bob, incidentes como aquel serían habituales. Lo que me hizo comprender algo.

Ninguno de nosotros somos ángeles. Todos somos criaturas imperfectas. Pero somos lo que somos. Está en nuestra naturaleza. Mucha gente trata de cambiar a los demás, moldearlos para convertirlos en algo que no son. Yo no iba a hacerlo.

Bob posee una marcada personalidad y quería que siguiese siendo él mismo. Al echar la vista

atrás, creo que esa fue otra de las razones por las que se quedó conmigo. Ninguno de nosotros queremos ser prisioneros de las ideas de otro sobre cómo deberíamos ser. Todos necesitamos ser libres para ser nosotros mismos.



Todos necesitamos algo en lo que creer

Una noche estábamos sentados en la acera en el West End cuando un tipo muy bien vestido emergió de la estación de metro, caminó hasta pararse a unos doce metros de nosotros y sacó un cartel.

Este decía: cree en el Señor.

Le dejé a lo suyo. Mi salvación dependía de vender otros doce ejemplares de *The Big Issue* antes de que terminara la hora punta de la tarde.

El tipo pronto empezó a predicar y leer pasajes de la Biblia, pero muy poca gente le prestaba atención. Algunos eran abiertamente impertinentes con él. Admiré su resistencia. Él creía en algo, me dije.

Durante un momento estuve observándole fascinado, mientras una pregunta se formaba en mi mente.

Hmm, me dije. ¿En qué creo yo?

Justo entonces Bob pareció animarse y soltó un maullido. Era su maullido de «estoy hambriento».

Busqué en mi mochila y saqué un premio, y entonces me agaché para dárselo. Se acercó a mi mano y frotó su cabeza contra ella, ronroneando suavemente.

Sonreí para mis adentros. Ya tenía mi respuesta.

—Tú eres en lo que creo, Bob —declaré.

Y era cierto. Él me había proporcionado una nueva aproximación a la vida. Una perspectiva diferente. Y además me había dado un propósito. Algo en lo que centrarme, un patrón para mi vida cotidiana. Una estructura que hasta entonces no existía.

En cierto modo, Bob también debió de sentir lo mismo. Supongo que él también necesitaba algo en lo que creer. Creo que todos los necesitamos.



Todos necesitamos nuestro propio terreno

Era una soleada tarde del fin de semana, poco después de que Bob y yo nos hubiésemos mudado a nuestra nueva casa, a las afueras de Surrey. Cuando bajé a la planta baja me encontré

con que Bob no aparecía por ninguna parte. Instintivamente me dirigí a nuestro pequeño jardín donde, en los últimos días, él había comenzado a explorar su nuevo entorno, olfateando la hierba y las plantas y observando los pájaros en los árboles más arriba. Como no podía ser de otro modo, pronto vislumbré su distintivo pelaje naranja desapareciendo tras la valla del jardín, y adentrándose en el terreno abierto de más allá.

Me quedé sorprendido. Bob no era un gato al que le gustara especialmente merodear. Él prefería quedarse cerca de casa. De modo que aunque estaba preocupado, no me entró el pánico inmediatamente.

Sin embargo, después de un par de horas empecé a ponerme nervioso. La noche se acercaba y no quería que se quedara fuera. Así que salí de nuevo al jardín y empecé a llamarle. No había señales de él.

Me disponía a entrar en casa cuando escuché ruidos. Reconocí instantáneamente el sonido: eran dos gatos enfrentándose.

Encontré a Bob y a un enorme gato negro a unos pocos pasos de la valla que rodeaba la casa. En el instante en que me vio, Bob saltó literalmente sobre mí y se encaramó en mis brazos. Era como si hubiéramos estado separados durante años, y no unas pocas horas.

Resultaba evidente lo que había sucedido. Había estado haciendo lo que cualquiera necesita hacer en mayor o menor medida cuando se cambia de casa, familiarizándose con la configuración del terreno, marcando su propio territorio. Una vez satisfecha su tarea, había regresado corriendo a casa. Desde entonces no ha vuelto a salir más allá del jardín.



Todos necesitamos cosas que atesorar

El ruido de la aspiradora mientras la pasaba por el salón, como hacía cada semana, había hecho que Bob se escabullera rápidamente escaleras arriba. No era muy de su agrado.

Como hacía tiempo que no limpiaba debajo del sofá, decidí deslizarlo sobre la moqueta para poder pasar bien la aspiradora. No podía creerme lo que encontré.

Era como la cueva de Aladino pero con las cosas de Bob.

Con cierta regularidad, él recibe regalos que le envían sus admiradores de todo el mundo y juega con muchos de ellos. De algún modo, había logrado reunir ahí debajo una colección de animales de juguete, pelotas y toda clase de objetos. Pero eso no era todo. Bob había desarrollado la costumbre de jugar con los tapones de las botellas de plástico que encontraba en la cocina.

Y, de algún modo, había acumulado también hasta una docena de ellos.

Arrojé los tapones a la basura, pero volví a poner los juguetes de vuelta en una caja grande en el vestíbulo.

Me sentía intrigado. ¿Por qué había amontonado semejante cantidad?

Después de todo, no hacía tanto tiempo que nos habíamos mudado. ¿Acaso le preocupaba que este nuevo entorno pudiera contener otros gatos o animales que le robaran sus juguetes? ¿O era su

manera de asegurar que sus juguetes estuvieran a salvo de mí? Él había presenciado cómo traía nuevos muebles y me deshacía de otros objetos. ¿Acaso le preocupaba que pudiera desprenderme también de sus juguetes?

Cualquiera que fuese la explicación, una cosa estaba clara. Esos objetos eran importantes para él. Saber que estaban allí le hacía sentirse a salvo y seguro. Y pensándolo un poco mejor comprendí que yo tampoco era muy diferente.

Yo era muy protector con algunas cosas: fotografías, regalos de admiradores, libros, recuerdos de mis viajes, y me había asegurado de tener un lugar donde guardarlos, en el salón y en el estudio. Aquello no tenía nada que ver con su precio, sino con que tenían un inmenso valor para mí.

Todo forma parte de esa necesidad de sentir que nuestra casa —y los preciosos objetos que la convierten en un hogar— es segura y acogedora.



Todos necesitamos también inseguridad

Acababa de trasladarme a mi nueva casa, cuando recibí el envío de varios paquetes de muebles, que lentamente había empezado a montar. El vestíbulo estaba lleno de cajas de cartón vacías, papel de burbujas y trozos de poliestireno.

Bob naturalmente, estaba fascinado con todo eso. Para él esa caótica pila de basura era como un parque de atracciones, que debía explorar cada vez que tenía la más mínima oportunidad.

Acababa de ensamblar una mesita de café para el salón cuando le descubrí jugando allí.

Parecía obsesionado por el papel de burbujas y el poliestireno. Estaba fascinado por los pequeños ruiditos que emitían. Y también fuertemente atraído por las cajas. Una a una, fue trepando por las más pequeñas, como si estuviera comprobando cuál sería la mejor cama para más tarde. No tuve valor para decirle que todo eso acabaría en el contenedor de reciclaje cuando hubiese terminado de montar los muebles.

Las cajas más altas, las que contenían los armarios, estaban apoyadas unas contra otras, sosteniéndose entre sí como si fueran algún tipo de escultura de arte abstracto. Bob decidió trepar por ellas. La construcción era demasiado endeble y tenía la sensación de que él pesaba demasiado, pero le dejé hacerlo.

Como no podía ser de otra forma, acababa de alcanzar la cima de la pequeña montaña de cajas cuando cataplún, todo el edificio se derrumbó. Como la criatura ágil y hábil que es, él se apartó de un salto, con una expresión ligeramente contrariada porque su diversión hubiese durado tan poco.

Yo no podía dejar de reír.

Y entonces comprendí que todos necesitamos seguridad, pero a veces, también inseguridad. Algunos elementos de sorpresa nos proporcionan desafíos y oportunidades para aprender. Eso nos ayuda a crecer. A aprender. Y si podemos hacerlo a la vez que nos divertimos, mejor que mejor.



TERCERA PARTE.

Ser Bob.

Cómo sacar el máximo provecho a la vida



Los gatos son expertos en obtener lo mejor de la vida. Saben lo que quieren y cómo conseguirlo, y para ello ejecutan sus planes con una precisión comparable a la de un láser. Bob, por ejemplo, es un maestro en extraer el máximo partido de cada día. Tiene estrategias de éxito que dejarían en ridículo incluso al más brillante de los economistas.

Pero también parece saber cómo disfrutar y saborear la vida. Cómo extraer la parte positiva de cada situación y cómo obtener la máxima diversión. Pasar tiempo con él me ha abierto los ojos a algunos de los secretos de su éxito y me ha hecho preguntarme si al menos de vez en cuando no nos beneficiaría a todos ser un poco como Bob.



Piensa despacio, actúa deprisa

Es fascinante observar el modo en que Bob toma una decisión. Antes de hacerlo, suele sentarse como un pequeño buda, rumiando lentamente las opciones que tiene delante de él. Casi es posible oír los engranajes de su cerebro. Tic, tic, tic.

Da igual de qué se trate. Tal vez esté considerando dar una vuelta para estirar los músculos, echar una cabezadita o acercarse a su cuenco por si hubiera algo de comida. Y únicamente se pone en marcha cuando está preparado. Ni un segundo antes, ni un segundo después.

Sin embargo, cuando ya tiene claro su movimiento, es firme. *Zas* . Sin vacilación. Sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Y generalmente lo logra. Actúa rápido y obtiene resultados. En un mundo en el que muchos de nosotros somos indecisos o tomamos decisiones rápidas de las que luego nos arrepentimos, haríamos bien en seguir el ejemplo de Bob.

Pensar despacio pero actuar deprisa.



Crear en ti mismo

Los gatos no se derrumban por falta de autoconfianza. Ellos no abrigan ninguna duda sobre sí mismos. Al menos hasta donde puede percibirse.

Parecen saber lo que quieren y están decididos a obtenerlo.

Tengo el fuerte presentimiento de que esta es una de las claves del bienestar general de Bob. Él siempre transmite confianza en sí mismo. Parece totalmente cómodo en su propia piel. Todos podríamos aprender de él. A todos nos abruman las inseguridades y las dudas sobre nuestra capacidad.

Sé que no es fácil, pero todos tenemos potenciales y cualidades de las que podemos tirar para que nos proporcionen más confianza en nosotros mismos. Si creemos en nosotros, el mundo nos parecerá un lugar muy diferente.



Nuestra felicidad reside en el interior

Bob puede pasarse horas entreteniéndose solo. Es capaz de estar la mitad del día tumbado sobre el alféizar viendo el mundo pasar. En nuestro antiguo apartamento en el norte de Londres, solía contemplar las nubes flotando en el cielo, la lluvia caer, la gente y el tráfico que pasaba; cualquier cosa tenía potencial para entretenerle. Y lo mismo le sucede en nuestro nuevo hogar. Se queda tumbado mirando hacia el jardín, silenciosamente hipnotizado por el mundo exterior.

Contemplantarle a menudo me hace pensar que expresa algo muy sencillo y a la vez muy profundo. Algo que a mucha gente le cuesta entender. Hay un famoso dicho chino que reza así: «La felicidad es la ausencia de búsqueda de la felicidad».

Lo que creo que significa es que nuestra felicidad no depende de los demás. No es algo que tenemos que salir a buscar. De hecho reside dentro de nosotros.

Y Bob parece saberlo bien.



Abre tus ojos

Durante sus días en la calle, a Bob nada le gustaba más que sentarse conmigo en la acera los días soleados, y observar tranquilamente cómo el mundo pasaba a toda prisa por delante de él. Podías notar cómo absorbía todo. A su modo relajado, claro.

Algunas veces daba la impresión de que sus ojos estaban cerrados, pero no se perdía nada. Ya podía ser un pájaro buscando algo que comer en un cubo de basura cercano, un artista callejero instalándose o un transeúnte con un atuendo interesante. Él alzaba lánguidamente la cabeza y lo enfocaba. Entonces se quedaba mirando o escuchando; fascinado, absorbiéndolo todo. Era como si supiera que podía aprender algo de esa experiencia. Algo nuevo, instructivo o simplemente entretenido de ver.

Nosotros caminamos con los ojos abiertos, pero hay ocasiones en que igual nos valdría llevarlos cerrados. Estamos demasiado ocupados, demasiado envueltos en la rutina de nuestras vidas para ver lo que tenemos delante.

Y, en consecuencia, nos perdemos un montón de cosas.



Hay maravillas a nuestro alrededor

Bob ejerce un efecto increíble sobre la gente. Cuando estaba tumbado en la acera, a menudo se

le acercaban tanto hombres como mujeres conmovidos hasta las lágrimas. Era como si hubiesen descubierto algún tesoro oculto o a algún pariente perdido. Se sentaban a su lado, le acariciaban durante algunos minutos y entonces se transformaban. Lo más curioso es que con bastante frecuencia no solían ser amantes de los gatos.

Eso me ha hecho preguntarme sobre la forma en que vemos el mundo. Cuando la gente busca inspiración, siempre trata de mirar hacia arriba. Al cielo. Al firmamento. Es algo natural. Siempre se nos ha dicho que ahí es donde reside el mundo maravilloso. Alcanzar las estrellas, se nos dice. Pero nunca, buscar en el arroyo.

Y, sin embargo, o al menos tengo esa impresión, buscar inspiración en lugares insospechados, en nuestra imaginación, nuestra mente —y sobre todo en nuestro corazón— supondría abrirse mucho más.

Ahí también hay belleza y maravilla, solo hace falta tomarse la molestia de verlo.



Si ves una oportunidad, cógela

Como cualquier otro gato en el mundo, Bob es un oportunista. Sabe sacar partido a cualquier ocasión que se le presenta.

Da igual que sea una oferta de un bocadito o un premio. O puede que se trate de una invitación para que le acaricies la tripa o salir a dar un paseo para explorar los arbustos del parque. Lo que quiera que sea, su actitud siempre es: si hay esa posibilidad entonces voy a aceptarla.

En esas situaciones, no suele ni murmurar ni hacer ruiditos sin cesar. No sopesa los pros y los contras durante mucho tiempo. Él ve la puerta abierta y entonces va directo a traspasarla. Hay veces en nuestra vida, en las que nos vendría muy bien adoptar esa misma perspectiva.

Si ves una oportunidad, cógela.



No detenerse en las cosas pequeñas

Hay un libro muy conocido titulado *Don't Sweat the Small Stuff* (No te angusties por pequeñeces). Su sencillo mensaje es muy simple: no te fijas en los pequeños inconvenientes o contratiempos de la vida. Déjalos marchar. Ponlos en la perspectiva adecuada. No los conviertas en grandes problemas que hagan tu vida estresante e infeliz.

Bob instintivamente parece comportarse de acuerdo con esa filosofía. No es muy habitual que se pelee con otro gato o perro, pero incluso si lo hace, no deja que eso se le meta bajo la piel. Una vez que el enfrentamiento ha seguido su curso, siempre suele marcharse de ahí, sin importar cuál

haya sido el resultado.

Nosotros los humanos, en cambio, no hacemos estas cosas con la misma facilidad. Estamos dispuestos a buscar la revancha o alguna retribución. A molestarnos por las más mínimas cosas, y tomárnoslas como algo personal. Yo no puedo saber exactamente lo que pasa por el cerebro de Bob, pero él parece asumirlo y olvidarlo. Es como si supiera que sentirse furioso o vengativo es una pérdida de tiempo. Tengo la fuerte sospecha de que esa es una de las razones por las que vive una existencia tan aparentemente satisfactoria.



Ser agradecido

Como todos los gatos, Bob parece vivir en el presente. ¿Quién sabe si alguna vez piensa en el pasado o en el futuro? Lo que sí está claro es que en su vida diaria, trata con el aquí y ahora. Si le apetece echarse una siesta, lo hace sin importar si es en la fría acera o en un cómodo sofá. Para él no hay diferencia. Se enrosca en un ovillo y se duerme, ignorando lo que quiera que pase a su alrededor.

Y lo mismo ocurre a la hora de comer. Da igual que su cacharro de comida contenga unos pocos puñados de galletas o un festín de atún, él lo devora con la misma avidez. Su actitud es la de: esta es mi comida. Comeré lo que haya en mi cuenco.

A menudo suelo observarle y preguntarme si no habrá en eso una lección para todos. El hecho es que ninguno de nosotros va a obtener todo lo que quiere en la vida. Ninguno. Podemos trabajar y luchar por mejorar las cosas, pero nunca conseguiremos todo lo que queremos. Es imposible.

Y eso significa que, mientras transitamos por la vida, tenemos elección.

Podemos enfrascarnos y obsesionarnos con lo que no tenemos y el hecho de que nunca lo vamos a tener, o bien podemos apreciar lo que tenemos.



Aprovechar cada día

Algunas mañanas observo a Bob y siento envidia. Se levanta por propia iniciativa, devora su desayuno y empieza su nuevo día libre de cualquier preocupación sobre lo que sucedió ayer o anteayer.

Para él, cada mañana señala el principio no solo de un nuevo día, sino de una nueva oportunidad para ser dichoso y feliz. Una oportunidad para disfrutar de todo lo que la vida tiene que ofrecerle.

A menudo me digo a mí mismo que esa no es una mala filosofía que adoptar. Especialmente

cuando la vida nos parece muy dura. Si puedes olvidarte de lo sucedido el día anterior y afrontas el día como un nuevo comienzo, ya estás a medio camino de asegurarte que el día de hoy va a ser mucho mejor.



Conoce tus limitaciones

Pese a toda su confianza, no es común que Bob quiera abarcar más de lo que puede tragar. Es como si supiera cuáles son sus limitaciones y fuera consciente de no ser demasiado ambicioso.

Es casi como si supiera ese viejo dicho de: «Un pájaro solo puede posarse en una rama y un ratón solo puede beber en el río hasta saciarse».

Eso es algo que me digo a menudo.

Todos deberíamos conocer —y aceptar— nuestras limitaciones.



Siempre hay algo bueno en cada día

La vida en las calles puede ser muy miserable. Yo he sido ignorado, insultado e incluso en una ocasión me escupieron.

Pero Bob siempre ha estado ahí para alegrarme. Tal vez no fuera más que una pequeña tontería por su parte, o simplemente ese momento en el autobús cuando se acurrucaba a mi lado. Pero cada vez que lo hacía, era como un recordatorio de algo universal.

Aunque no siempre los días son buenos, siempre hay algo bueno en cada día.



Deja que el sol brille

Bob y yo pasamos gran parte de nuestro primer verano juntos sentados en la acera cerca de Covent Garden, tocando en la hora punta. No fue el mejor de los veranos, en lo que a climatología se refiere. Los días a menudo amanecían encapotados, y el sol no era un visitante frecuente.

Sin embargo, cada vez que asomaba entre las nubes, advertía que tenía un efecto instantáneo en Bob. Normalmente pasaba la mayor parte de los días hecho una bola, observando tranquilamente el flujo de turistas y compradores pasar ante él. Pero en cuanto el sol aparecía en el cielo sobre nosotros, era un gato con una misión. Empezaba a desplazarse alrededor, entrando y saliendo de la

sombra mientras buscaba el punto más soleado. Entonces se estiraba bien en el suelo, haciéndose más largo para poder obtener el máximo beneficio.

En muchas ocasiones era una oportunidad fugaz. El sol solía desaparecer rápidamente detrás de alguna nueva nube pasajera. Pero eso no molestaba ni un ápice a Bob. Él siempre estaba decidido a obtener el máximo de cada rayo de sol disponible.

Eso siempre me hacía sonreír y me llenaba de admiración hacia él, y su filosofía. La vida es corta. A veces tienes que exprimir de ella cada gramo de alegría y placer que puedas obtener. El sol no siempre brilla. Si está presente, debes dejarlo entrar.



Escoge tus batallas

Era un brillante día de verano y Bob se enfrentaba a un dilema. Por un lado, estaba muy contento tumbado en el alféizar de la ventana abierta mientras el sol se filtraba en nuestro salón. Por otro, se mostraba molesto con las abejas que revoloteaban atraídas por las flores que sobresalían del arriate pegado a la ventana. Y quería que se largaran.

Durante unos pocos momentos le observé sopesar sus opciones. Claramente se estaba preguntando: ¿puedo enfrentarme a ellas?

Si eso hubiera sucedido dentro de casa, habría sido una historia totalmente diferente. Pero estaba claro que necesitaría ser muy preciso para saltar por la ventana hasta el parterre de flores y ahuyentar a las abejas. Era casi imposible, una probabilidad entre un millón, pero él no dejaba de considerarlo, a la vez que sopesaba algo más.

La otra cosa que le molestaba era la caja de pañuelos de papel apoyada en el alféizar. Se había instalado contra esta un tanto apretado y claramente no estaba cómodo. Justo en ese momento el sol brillaba en lo más alto proyectándose exactamente sobre ese punto.

Le llevó aproximadamente un minuto completar sus cálculos. Mientras lo hacía, miraba a un lado y al otro, hacia las abejas del exterior y a la caja de pañuelos junto a él. ¿Qué hacer?

Cuando realizó su jugada, esta fue decisiva. En un suave movimiento, dio un empujón a la caja con su pata, tirándola del alféizar al suelo de forma que ahora disfrutaba del mejor espacio. Entonces procedió a estirarse todo lo largo, absorbiendo la luz del sol. Las abejas fueron olvidadas.

Fue una lección muy pragmática. Si te enfrentas con un problema ante el que puedes hacer algo, entonces hazlo. Pero si no puedes hacer nada, déjalo pasar. Céntrate en lo que puedes cambiar.

Olvídate de lo que no puedes hacer. La vida será mucho más sencilla y agradable si lo haces.



La curiosidad no mató al gato

Si hay una expresión que me deja siempre rascándome la cabeza es esta: la curiosidad mató al gato. Realmente no termino de entenderla. La curiosidad, para mí, es una parte intrínseca del modo de ser de un gato. De hecho es como un salvavidas, algo que se añade a su existencia cotidiana.

A Bob por supuesto le encanta explorar. Donde quiera que estemos, le gusta reconocer los alrededores. No se queda satisfecho hasta que ha examinado a fondo todo el lugar. Podría pasarse años olfateando y metiendo la cabeza en todos los rincones y grietas, rebuscando a su alrededor hasta convencerse y quedar satisfecho de haber inspeccionado todo lo que había que ver.

Ese es en parte un rasgo muy instintivo de los gatos. Quieren sentirse seguros y a salvo. Tratan de delimitar su territorio, pero, por otro lado, también les mueve la curiosidad, y a juzgar por la forma en que Bob agita el rabo y se pasea con aire indiferente, explorar el mundo a su alrededor le hace feliz.

Muchos de nosotros llevamos vidas indiferentes. Muchos tenemos miedo de intentar algo nuevo. Y muchos queremos aferrarnos a ese sendero conocido, en lugar de escoger el menos transitado en el que podríamos dejar nuestra propia estela. A menudo deberíamos ser capaces de abrazar lo desconocido.

La curiosidad no ha matado a nadie ni a nada. Todo lo contrario, es la fuente de las mejores cosas de la vida.





Disfruta siempre del viaje

Un ventoso día de otoño en que habíamos salido a caminar por un parque cercano, Bob descubrió un montoncito de hojas muertas. El viento las había acumulado formando una pequeña pirámide. Inmediatamente se abalanzó sobre ellas, y se hundió en la pila hasta estar tan inmerso que las hojas le cubrían por entero las patas. Entonces empezó a manotear despejando frenéticamente las hojas con las patas.

Era muy hilarante. Durante un buen rato se quedó totalmente camuflado bajo un aluvión de hojas marrones, doradas y plateadas. Me resultaba imposible conjeturar qué pasaba por su mente. ¿Pensaba quizá que había algo oculto entre las hojas? ¿Tal vez había olfateado algún ratón o comida?

No pasó mucho tiempo antes de que la pirámide se deshiciera, reducida a un manto de hojas. Por supuesto ahora había algo descansando sobre la hierba, resplandeciendo bajo el sol de la tarde. Lamentablemente no era tan excitante como Bob hubiera podido imaginar. Era una vieja y maltrecha lata de Coca-Cola.

Bob le dio un topetazo con la nariz, para asegurarse de que era tan poco prometedora como parecía, y luego se dio la vuelta, ansioso por explorar otro montón de hojas más pequeño, tras haber olvidado totalmente la decepción anterior.

Sentado en un banco cercano, viendo cómo se desarrollaba la escena, no pude evitar sonreír. Aquello me recordaba al viejo dicho: «Lo importante es el camino, no la llegada». Ponemos tanto énfasis en conseguir nuestras metas, en llegar a nuestros destinos que a menudo olvidamos disfrutar del viaje.

Deberíamos seguir el ejemplo de Bob y simplemente saborear el viaje por lo que es, sin importar a dónde nos lleve.



Tomarse las cosas con tranquilidad

Una mañana, estaba trabajando en el salón cuando escuché un ruido en la cocina.

Encontré a Bob apostado a los pies de la nevera mirando hacia arriba, con la vista clavada en algo. Uno de sus premios de barritas favoritas estaba balanceándose precariamente al borde de la puerta. Debí haberlo dejado allí.

Era poco antes de su merienda, y no quería que picara nada todavía. Así que lo ignoré y volví al trabajo. Estaba respondiendo a un correo que me había enfurecido un poco, y quería soltar mi frustración.

Por el rabillo del ojo vi cómo él paseaba alrededor. Entonces dio un salto hasta la encimera más cercana a la nevera, aproximadamente a metro y medio del premio.

Ahora Bob tenía un dilema. Si saltaba para cogerlo y golpeaba el frigorífico, se arriesgaba a que la barrita cayera por el lado donde nunca podría alcanzarla. Se quedó ahí sentado estudiando la situación y sopesando sus opciones. Yo aparté la vista regresando a mi correo.

Unos momentos después, volví a mirar. Bob había conseguido acercar un paquete de galletas hasta una posición por debajo del premio y se había subido a este para llegar más alto. Con el más delicado movimiento de su pata, movió el premio en la dirección correcta. Y entonces se bajó, volvió a situarse y repitió el movimiento. Lo hizo tres veces, pero a la cuarta, el premio se deslizó... y cayó sobre el suelo de la cocina.

Misión cumplida.

Yo había escrito un correo bastante duro pero aún no había pulsado a «enviar». Mientras le daba a Bob su premio, decidí no mandarlo. Lo hice más tarde, pero ya en un lenguaje más calmado. Y entre tanto conseguí el resultado que buscaba.

A veces tienes que lograr tus metas cautelosamente. Con inteligencia y paciencia.

Poco a poco.



CUARTA PARTE.
Bob contra el mundo.
Cómo sobrevivir a todo lo que la vida nos depara



A menudo se dice que el conocimiento llega por el aprendizaje, mientras la sabiduría llega por vivir. Siempre me ha sorprendido por ser una gran verdad. Gran parte de nuestros denominados «conocimientos» nos viene de segunda mano, a través de libros, películas o la televisión. Muy pocos de nosotros conocemos las cosas por haberlas experimentado de primera mano.

Cuando miro a Bob suelo recordar esto con frecuencia. Nada de lo que él ha aprendido sobre la vida ha sido de segunda mano. Toda su sabiduría la ha ido adquiriendo de la forma más dura, a través de los años que pasó en las calles, enfrentándose a gente y situaciones de toda clase.

Esa es la razón por la que siempre me ha resultado tan interesante intentar comprender su sabiduría. Y por qué la considero tan valiosa. Él me ha enseñado mucho sobre hacer frente —y tal vez incluso aprender— a todo lo que la vida nos depara.



No dejes que un mal pasado estropee un buen presente

La habilidad de Bob para sacudirse las malas experiencias quedó patente en una situación que vivimos una tarde en el centro de Londres. Nos dirigíamos de vuelta a casa tras un ajetreado día de entrevistas y promoción de la película, *Un gato callejero llamado Bob*.

Yo estaba tratando de parar un taxi, cuando alguien empezó a increparme a gritos. Era una señora de aspecto bastante adinerado, probablemente en torno a los sesenta años. Estaba un tanto achispada y agitaba un bastón hacia mí.

—Eso es crueldad con los animales —gritó—. No deberías llevarle de una correa. Voy a informar a la sociedad protectora de animales.

Me paré e intenté hablar con ella. Pero no atendía a razones.

Bob había percibido que no se trataba de un alma caritativa y se había posicionado a la defensiva sobre mi hombro. Sabía por experiencia que si esta señora hacía algún movimiento, Bob se lanzaría sobre ella, y no quería que eso sucediese. ¡Esa no era la clase de publicidad que buscábamos! Afortunadamente en ese momento pasó por allí un taxi negro con la señal amarilla de

«Libre» encendida. Lo paré y me subí en él.

En el camino a casa el episodio no se me iba de la cabeza. Había trabajado duro todo el día. Había estado hablando con periodistas y presentadores de televisión durante horas, promocionando constantemente el mensaje positivo y esperanzador de nuestra historia. El intercambio con la señora en la calle había durado apenas un minuto, pero de alguna forma había empañado las ocho o nueve horas previas.

Entonces me fijé en Bob, tumbado en el asiento de cuero del taxi, lamiéndose concienzudamente y ronroneando con suavidad. Parecía totalmente feliz. La confrontación con la mujer también le había puesto al borde de los nervios, pero lo había apartado rápidamente de su mente y lo había olvidado.

—Tienes razón —le dije—. Como es esa vieja expresión: «No deberías dejar que un buen presente se arruine por un mal ayer».



La sabiduría es fruto de la experiencia

Desde sus primeros días conmigo, Bob se ha mostrado siempre muy concentrado cada vez que se siente amenazado. Sus ojos se mueven rápidamente, sus orejas se enderezan y la cola apunta hacia arriba. Es como si estuviera preparado para cualquier cosa, listo para lo peor.

Por supuesto se trata de un instinto animal natural, pero a menudo me pregunto si no tiene que ver también con sus antecedentes, con las privaciones que sufrió durante sus primeros días en las calles. Si fue alguna vez atacado por un perro, por ejemplo. Si es esa la razón por la que se muestra siempre cauteloso ante algunas razas agresivas.

Pero sin importar el pasado, lo esencial es que aprendió de esa experiencia. La sabiduría, en su caso, es principalmente fruto de la experiencia. Los más sabios entre nosotros son aquellos que, como Bob, extraen las lecciones más grandes de los obstáculos que la vida nos pone por delante.



No te dejes dominar por el miedo

Como le sucede a cualquiera, Bob tiene sus propias aversiones y rarezas. Y así hay algunas cosas que le hacen enfurecer o sentirse intranquilo. Por ejemplo, odia el sonido que producen los camiones con frenos hidráulicos. Y también se agita mucho con los perros agresivos y la gente violenta. Además no le entusiasma demasiado la música muy alta, especialmente ahora, a medida que se va haciendo mayor.

Sin embargo y en general, muy pocas cosas consiguen asustarle o disgustarle. Él siempre se

apoya en su experiencia. Y simplemente mantiene los ojos y oídos —y sus altamente sensitivas vibrisas— abiertos.

Y si no está seguro de algo o alguien, reacciona de inmediato. Luchará, quedará paralizado, o saldrá disparado, pero manejará la situación con firmeza.

Vivimos en un mundo lleno de ansiedad. La gente está paralizada por los miedos, algunos genuinos, pero otros totalmente irracionales. Todos podemos aprender una lección de Bob. Él es cuidadoso y mantiene los ojos abiertos. Pero no deja que el miedo domine su mundo.



No juzgues un libro por su cubierta

Al haber pasado sus días y sus noches en las calles, Bob ha visto la mejor y la peor cara de la naturaleza humana. Muchas de las personas con las que se ha cruzado fueron amables con él, pero otras no tanto. Lo que le ha proporcionado un fuerte instinto respecto a la gente.

Ahora cuando percibe a una persona buena y afectuosa permite tranquilamente que se acerque y le acaricie. Sin embargo, Bob es capaz de olfatear o divisar a aquel capaz de dañarle o causarle algún mal desde un kilómetro de distancia. Y si presiente una amenaza, rápidamente lo hace saber. Su bufido es algo digno de tener en cuenta. Él mismo me ha protegido de potenciales amenazas en más de una ocasión.

Lo que es importante es que su juicio no tiene nada que ver con las apariencias, con el aspecto de alguien, la forma en que viste, o el color de su piel. Es más bien algo en su interior, ya sean buenas o malas personas.

Él nunca juzga un libro por su cubierta.



Ten cuidado con los pensamientos imprevistos

Siempre he tratado de seguir el ejemplo de Bob y hago lo posible para no juzgar a la gente por sus apariencias sino por la persona que siento que hay en su interior.

Pero eso no siempre funciona.

Una mañana durante el rodaje de la película en Covent Garden, divisé a un tío merodeando a poca distancia de donde Bob y yo estábamos esperando a ser llamados ante las cámaras.

Era alto, de constitución delgada, con una desaliñada chaqueta vaquera, pantalones del mismo tejido y zapatillas de deporte. Parecía estar al límite. Eso me puso en alerta de inmediato. Había un montón de piezas del equipo muy costosas desperdigadas alrededor. ¿Quién sabe qué intenciones tenía? ¿Acaso estaba planeando robar algo? ¿O peor aún, hacer daño a Bob? Me

acerqué hasta él.

—Cualquiera que sea la idea que tengas en la cabeza tío, olvídala —dije.

Él me miró confuso.

—No, James. No estoy aquí para crear problemas. Soy Simon.

Ahora me llegó el turno de desconcertarme.

—¿Simon? ¿Simon qué? ¿Y cómo sabes mi nombre?

Sonrió.

—Simon, del Centrepoin. Hace cinco años. Compartimos una habitación. ¿No te acuerdas?

Me quedé paralizado.

—Oh, Dios mío.

Los dos nos abrazamos como los viejos amigos que fuimos.

Años atrás, ambos habíamos sido indigentes y habíamos solicitado refugio en el mismo centro de beneficencia. Luego nos habíamos separado. Simon ahora vivía en Glasgow, pero había oído hablar de Bob y de mí y se había acercado a vernos. Había estado manteniendo una distancia respetuosa, esperando a que el rodaje terminara antes de acercarse a saludar.

Aquello fue un aleccionador recordatorio. Cuando estaba en las calles, la gente siempre sacaba conclusiones equivocadas sobre mí. Solo porque estaba tocando música, eso no significaba que yo fuera mala persona. Y ahora yo había caído en ese mismo prejuicio. Había dejado de seguir la lección de Bob juzgando al libro por su cubierta.

Hay otro viejo dicho según el cual: «Tu peor enemigo no puede herirte tanto como tus propios pensamientos imprevistos». Este encuentro me enseñó a tener más cuidado con mis juicios.



No dejes de mirar el sol

Los insultos que recibí trabajando en las calles fueron una parte constante en mi vida. Prácticamente cada día alguien me gritaba algo a la espalda. Uno nunca se acostumbra, pero sí aprendes a vivir con ello.

Había veces en que hubiese querido morder e increpar a la persona que se propasaba. Sin embargo habría sido un ejercicio inútil. No sirve de nada interactuar con gente que —con toda sinceridad— no merecen ninguna interacción para empezar. Además, lo único que habría conseguido sería disgustarme yo mismo.

Tener a Bob conmigo me ayudó enormemente. Él casi me obligó físicamente a intentar una aproximación distinta. Solía sentarse en mis hombros, con la cara sobresaliendo y mirando hacia adelante y no hacia atrás. Aquello me chocó una soleada tarde de verano mientras caminábamos a través de Covent Garden, en dirección a Leicester Square donde iba a encontrarme con un amigo. Algún idiota acababa de gritarme un insulto, pero lo ignoré. Continué avanzando con Bob en mi hombro dirigiéndome hacia el sol que se ponía por el oeste.

—¿Cómo es el viejo dicho, Bob? —le dije en voz baja—. Ve siempre hacia el sol y así las

sombras caerán por detrás de ti.



A menudo no obtener lo que quieres es lo mejor para ti

Hay un viejo dicho budista según el cual: «A menudo no obtener lo que quieres es un maravilloso golpe de suerte». Nunca había entendido su significado exacto hasta hace poco, cuando durante mi convivencia con Bob, mi vida dio un giro dramático.

Bob y yo habíamos luchado duramente para llegar a fin de mes con lo que yo ganaba tocando en la zona de Covent Garden. Casi de forma regular tenía problemas con las autoridades y una relación especialmente tensa con el personal de la estación de metro de allí, que no veían con buenos ojos que Bob y yo nos apostáramos ahí fuera. El asunto había llegado hasta tal punto que me habían acusado falsamente de faltar a un inspector. Fui arrestado y retenido en el calabozo durante una noche.

Finalmente, quedé libre de cargos, pero eso me sirvió de advertencia. Yo soñaba con que tocar en la calle me sirviera de plataforma para una carrera musical. Pero pasar una noche en una fría celda me hizo comprender —al menos a corto plazo— que sencillamente no iba a poder lograrlo. Tenía que cuidar de Bob y también de mí mismo. Tenía que cambiar.

Tal y como resultó, fue lo mejor que pudo haberme sucedido. En su lugar comencé a vender *The Big Issue*, inicialmente en el West End y después en Angel en Islington. Fue allí donde mi vida dio un giro radical. Un agente literario me vio y me propuso escribir un libro sobre mi vida con Bob.

A menudo vuelvo a recordar ese punto de inflexión. Había tenido suerte de muchas formas. Primero fui capaz de librarme de una acusación injusta, pero lo más importante, eso me obligó a hacer un cambio en mi vida.

Por supuesto, nunca podría haber anticipado la dirección exacta que mi vida iba a tomar desde aquel momento. Pero lo que no hay duda es de que al no obtener lo que quería, realmente pude disfrutar del golpe de suerte más milagroso.



Donde quiera que dejes tu sombrero

Durante el rodaje de la película, Bob y yo pasamos un montón de tiempo en los Estudios Cinematográficos Twickenham.

Era un entorno muy desconocido. Las luces, el ruido, los rostros poco familiares habrían puesto a mil por hora al noventa y nueve por ciento de los gatos, de eso estoy seguro. Pero a pesar de una pequeña inquietud inicial, Bob se adaptó rápidamente.

Echaba una cabezada siempre que le apetecía. O se daba una vuelta para explorar cuando quería.

También trabajó muy duro. Los escenógrafos habían creado una réplica de mi apartamento en el norte de Londres, en donde Bob y Luke se pasaban los días interpretando ante las cámaras. Era un trabajo largo y arduo, pero a él no le importó.

En el instante en que Bob escuchaba el revelador sonido de la campana y veía la luz de grabación en el estudio pasando de roja a verde, para indicar que el rodaje había terminado, seguía los cables de electricidad que conducían a la puerta y llegaban hasta su camerino, donde esperaba que le dieran de comer. Nunca hubo problema para encontrar voluntarios. La mitad de la plantilla llevaba consigo paquetes de palitos con salsa de queso de aperitivo o galletitas listas para alimentar a Bob en cualquier momento que le apeteciera.

Hacia el final del rodaje, alguien me preguntó cómo es que se había adaptado tan bien. No era una mala pregunta. Mi presencia, obviamente, resultó importante. Él se sentía seguro sabiendo que su «protector» estaba allí. Pero era algo más. A Bob también le gusta la rutina. La parte predecible y monótona de su vida cotidiana en los escenarios de la película le hizo sentirse cómodo.

Pero lo más importante, creo, es que Bob aprendió que en la vida a veces tienes que bajar la cabeza cuando hay una cama caliente. La vida es cuestión de adaptarse. De sacar el máximo partido a lo que tienes delante. Y en ocasiones eso significa intentar sentirte como en casa, sin

importar dónde dejes tu sombrero.



No esperar nada

Una tarde, mientras Bob y yo tocábamos en los alrededores de Covent Garden, se nos acercó una joven muy glamurosa y atractiva. A juzgar por la forma en que iba vestida —con un brillante atuendo negro y deslumbrantes joyas alrededor del cuello que debían costar una pequeña fortuna —, supuse que iba de camino al teatro o a la ópera en el cercano West End.

Cuando nos vio a Bob y a mí se detuvo un segundo.

—Oh, qué dulce. Es un gato precioso —declaró con ojos sonrientes, y luego le sacó una foto con su teléfono de aspecto carísimo.

No había sido una noche demasiado productiva, así que como suelo hacer a menudo, le sugerí amablemente si podía echar una libra o dos en la funda de mi guitarra a cambio de la foto.

—Cualquier contribución será muy apreciada. Irá destinada a un café o a un premio para Bob aquí presente —indiqué.

Fue como si le hubiese pedido que empeñara el collar que llevaba en el cuello. Su rostro se transformó. La sonrisa desapareció para ser reemplazada por una desagradable mueca.

—Qué impertinente por tu parte —declaró, alejándose indignada.

Encuentros de esa clase no eran infrecuentes. Simplemente confirmaban algo que ya había comprendido antes incluso de que Bob y yo estuviéramos juntos. Una verdad que desafortunadamente puede aplicarse no solo a las calles de Londres sino a cualquier parte.

En la vida a menudo lo mejor es no esperar nada, porque de ese modo nunca te llevarás una decepción.



Mantente firme

Las calles de Londres no están pavimentadas de oro. Más bien lo contrario. Pueden ser muy intimidantes e inquietantes. Y Bob ha sufrido su buena cuota de sustos.

Durante nuestro periodo de tocar en las calles y vender *The Big Issue*, siempre puso especial atención en los perros. Y no necesariamente porque le asustaran, sino porque sabía que debía tratarlos con mucho cuidado.

Sus instintos eran tan fuertes que era capaz de distinguir si un perro suponía una vana amenaza. Mucho ladrar y poco morder. Un bravucón, vamos.

Sucedía muy raramente, pero en esas ocasiones, solía enfrentarse a ellos. Les bufaba, gruñía o

incluso les mostraba las garras. Y siempre funcionaba. Los perros por su parte o bien se quedaban paralizados, o salían corriendo. He visto a Bob reducir a muchos perros aparentemente terroríficos hasta convertirlos en balbuceantes gelatinas.

Y siempre que lo hacía, yo recordaba que la mejor manera de tratar con un bravucón es ponerlo en evidencia.



Juzga a los demás por sus acciones y no por sus palabras

Dicen que la mejor manera de juzgar el carácter de una persona es por sus actos y no tanto por sus palabras.

Con los gatos no tienes elección. Solo puedes juzgarlos por sus actos.

Sin duda Bob ha tenido momentos de diabluras. Y en ocasiones puede ser difícil. Pero durante más de una década —a través de su comportamiento diario— ha demostrado tener exactamente el mismo carácter. Ha sido un compañero tan cariñoso, divertido, leal y atento como cualquiera podría desear. Y no hay argumentos que puedan convencerme de lo contrario.

De todas las cosas que Bob me ha enseñado, esta es una de sus lecciones más valiosas.

Yo siempre trato de juzgar a los demás por los mismos estándares. Por sus acciones y no por sus palabras.



No dejes que el agua entre en tu barca

La habilidad de Bob para dejar fuera al resto del mundo nunca deja de sorprenderme. Parece tener la capacidad de enfrentarse prácticamente a cualquier situación.

Tal vez el ejemplo más increíble en ese sentido se produjo en noviembre de 2016, cuando él y yo asistimos al estreno de la película *Un gato callejero llamado Bob* en Londres.

Fue una de las noches más surrealistas de mi vida, algo que, hasta el momento, aún no puedo creer que me sucediera. Bob y yo debíamos aparecer en la alfombra roja, concediendo entrevistas y posando para las fotografías. Había docenas, tal vez centenares de personas allí congregadas, desde admiradores que habían viajado especialmente para ver el evento, a equipos de televisión y filas de fotógrafos disparando los flashes de sus cámaras.

Un auténtico guirigay. Había momentos en los que resultaba difícil escuchar por encima de los gritos de los admiradores, fotógrafos y entrevistadores que querían pegar una cámara o un micrófono en mi cara. Y, sin embargo, Bob —posicionado en mi hombro— supo manejarlo con total tranquilidad.

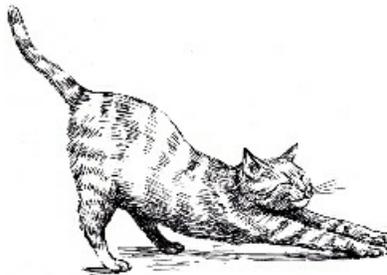
Pasamos alrededor de media hora en la alfombra roja y durante todo ese tiempo permaneció como el vivo retrato de la calma y la compostura. Para ser sincero, creo que estaba disfrutando.

Esa noche todo el mundo se preguntaba lo mismo: ¿cómo demonios consigue hacerlo?

Nunca lo sabré con seguridad, pero creo que se aísla de cuanto sucede a su alrededor. Pienso que simplemente se toma la vida con la perspectiva de que si aquello no me afecta directamente a mí, entonces no tengo nada que temer.

Las barcas no se hunden porque el agua las rodee. Las barcas se hunden porque el agua penetra en ellas.

Bob parece tener el don de no permitir que lo que sucede alrededor entre en él. Simplemente navega con serenidad a través de las aguas.



QUINTA PARTE.
El zen de Bob.
Cómo ser buenos con nosotros mismos



Los gatos saben instintivamente cómo cuidarse. No necesitan someterse a regímenes de moda, ni contratar a un entrenador personal o a un masajista para que los mantenga en forma. No necesitan psicólogos ni mentores personales que les enseñen cómo vivir bien.

Simplemente saben cómo hacerlo, mientras permanecen relajados en el proceso.

Ese sin duda es el caso de Bob. Alguien lo describió una vez como poseedor de una gran paz interior, una especie de «calma zen» en todo lo que hace. Tras observarle a lo largo de los años, he podido constatar que a todos nos vendría bien aprender un poco de sus métodos, y beneficiarnos de lo que podríamos llamar el zen de Bob.



Bobfulness

Bob es capaz de pasarse un año seguido contemplando un árbol lleno de pájaros. Es como si estuviera en trance. Se sienta frente a él, absolutamente inmóvil con su cuerpo enroscado y sus ojos saltando de un lado a otro, y absorbe cada pío, cada batir de sus alas. A menudo me pregunto qué le fascinará tanto.

¿Será algo de su ADN, de su instinto cazador? ¿Acaso quiere trepar por el tronco y atacarlos? ¿Se siente fascinado por su canto? ¿O es que los está contando?

Un día estaba viendo un programa de televisión sobre «mindfulness» (plena conciencia) y cómo esta técnica ayuda al cerebro a centrarse en una cosa durante algunos minutos, a pensar en ello y observarlo con detalle. Enseñando cómo perderse en esa pequeña cosa, hasta excluir todo lo que está sucediendo a tu alrededor.

Y eso me sugirió una idea. Es lo que Bob hace cuando observa a todos esos pájaros, sonrío para mis adentros.

Está practicando Bobfulness.



Gato rico, gato pobre

En cierto sentido esa calma zen de Bob es un reflejo de la simplicidad de su vida. Él no tiene facturas que pagar ni hipoteca por la que preocuparse. Ni responsabilidades.

Bob no tiene posesiones. Y en eso podría ser afortunado.

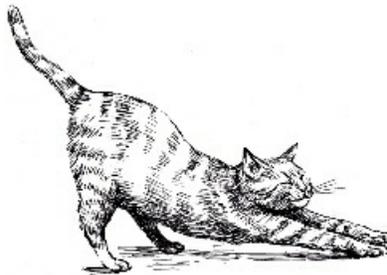
A veces me digo que cuanto más tienes más te preocupas por perderlo todo.



Escucha a tu cuerpo

Bob siempre se toma su tiempo para estirarse. Es como si practicara yoga o pilates o cualquier otra clase de gimnasia. Parece conocer instintivamente qué extremidades, o qué músculos ejercitar. Es como si su cuerpo le dijera lo que se requiere.

Algo que nunca deja de impresionarme. Y eso me hace comprender que nuestros cuerpos nos hablan a todos nosotros. Todo el tiempo. Nuestro problema es que la mayoría de las veces sencillamente no lo escuchamos.



Convierte tu comida en un festín

A veces me gusta observar a Bob cuando come. Resulta un espectáculo fascinante. Algunos días comienza devorándola con ansiedad, tragando todo en unos pocos bocados. Y en otras ocasiones inspecciona la comida cuidadosamente, olfateando y probándola, como si comprobara su calidad.

Cuando da un bocado, saca el mayor provecho de él. Lo mastica durante unos minutos, sobre todo si es algún premio de carne con el que disfruta especialmente. Es como si en ese preciso instante nada más importara. Como si fuera la cosa más importante del mundo. Es toda una lección

para nosotros.

Doctores, dietistas y expertos en salud, todos coinciden en que debemos tomarnos nuestro tiempo y disfrutar más de la comida. Al parecer existen enormes beneficios en reducir el ritmo y saborear cada bocado de comida, cada sorbo de bebida. Y la razón es porque al prestar la debida atención a los sabores, olores y texturas de lo que nos metemos en la boca, e incluso concentrarnos en los mecanismos de ingestión, eso nos lleva a ser más conscientes de las sensaciones que nos hacen sentirnos vivos, nos ayuda a relajar nuestro cuerpo, y a eliminar la ansiedad y el estrés.

Tal vez Bob ya lo sepa y quizá por eso le dé tanta importancia al momento de tomar su comida.



Ir con calma

Bob vive su vida a su propia velocidad. Y esa velocidad es a menudo bastante relajada. A veces es capaz de pisar el pedal del acelerador, pero en general, se toma las cosas con c-a-l-m-a.

Nosotros los humanos creemos que tenemos muchas cosas que hacer y muy poco tiempo para llevarlas a cabo. Nunca nos permitimos a nosotros mismos una hora para hacer algo que podríamos rematar en diez o veinte minutos. De alguna forma pensamos que tardar más es una pérdida de tiempo.

Pero la verdad es justamente lo opuesto. Lo único que no se puede desperdiciar es la experiencia. Especialmente si has podido disfrutar de una hora para hacerlo, pues de no ser así te estarás castigando a ti mismo.

¿Por qué querrías hacer eso? ¿Por qué no te tomas también las cosas con más c-a-l-m-a?



Conócete a ti mismo

Nunca deja de impresionarme la forma en que Bob se maneja. Al parecer, él se comprende a la perfección.

Lo que me recuerda uno de los axiomas más sabios de la filosofía zen: «Conocer a otros demuestra inteligencia; conocerse a uno mismo es la verdadera sabiduría».



Expresa cómo te sientes

Bob no pierde tiempo cuando quiere hacerme saber que no se encuentra bien. Ni tampoco trata de fingir lo contrario. Se niega a moverse o se queda tendido en mi cama, inerte, y emite lastimeros maullidos. Toda una estrategia diseñada para conseguir que me llegue el mensaje: «No me siento bien».

Negar el dolor es un instinto humano, al igual que querer dominarlo o negar que nos han hecho daño o nos encontramos molestos. Vamos dejándolo hasta que se vuelve insoportable.

Por supuesto, ese es un grave error. Ignorar una enfermedad es hacerla dos veces peor. Si actúas con celeridad, te estás dando la oportunidad de recuperarte cuanto antes.



Sintoniza con la naturaleza

Los gatos están sintonizados con la naturaleza de un modo que probablemente no terminamos de comprender. Parecen capaces de detectar los cambios en la climatología, y sus hábitos de comida y sueño cambian considerablemente dependiendo de las estaciones.

Al llegar el invierno, por ejemplo, Bob suele dormir durante horas sin fin. A medida que se acerca la noche y todo se vuelve más oscuro, suele hacerse un ovillo y aislarse del mundo exterior. Sabe que es la estación de hibernación, en la que hay que recargar pilas y prepararse para la primavera.

Y cuando esta llega, empieza a dormir menos y generalmente se vuelve más activo. Incluso su cuerpo se adapta al cambio, mientras muda y cambia su pelaje de acuerdo con la estación.

Todos podríamos beneficiarnos si prestáramos un poco más de atención al ciclo natural de las cosas.



Di lo que quieres decir, y haz lo que dices

Bob se comunica empleando una mezcla de sonidos que van desde un suave ronroneo o gruñidos, hasta siseos, bufidos y chillidos que te hielan la sangre. Pero también es capaz de lanzar su mensaje a través de su lenguaje corporal, meneándose y agitando su cola, o arqueando el lomo en un momento dado. Pero lo más impresionante de todo es su simplicidad. Si necesita decir algo, lo hace rápida y directamente. Nunca hay lugar a la duda.

Lo primero que hace por la mañana es deslizarse por mi cama y alertarme del hecho de que es la hora de desayunar. Es posible que use distintos métodos para ello: desde un ronroneo suave a saltar deliberadamente sobre mi pecho, o colocar su cara a escasos centímetros de la mía y dejar escapar un penetrante maullido.

Cualquiera que sea el método que emplee, sin embargo, su mensaje es inconfundible. Abro los ojos y ahí está, mirándome con una expresión que dice: «Vamos, levántate, estoy hambriento».

Yo no siempre lo aprecio, especialmente si me despierta cuando empieza a amanecer en una fría mañana de invierno. Pero en un mundo en el que a veces empleamos cientos de palabras cuando una sola bastaría, he llegado a admirar su franqueza.

Bob no se entretiene en chacharas. Va a lo importante. Dice lo que quiere y hace lo que dice.



No significa no

Con Bob, no significa precisamente eso. No.

Si no quiere hacer algo, entonces no hay nada que hacer. No lo hará. Ningún premio, tentación, caricia en la cabeza o en el lomo le hará cambiar de opinión. Ha tomado una decisión. Fin de la historia. Más me vale renunciar.

De hecho, eso hace las cosas más sencillas. Hace que todo sea blanco o negro. No hay sombras grises. Aceptas su decisión y sigues adelante. No te queda más remedio que encontrar una vía alternativa o una manera diferente de hacer las cosas. Sin importar lo inconveniente o molesta que esta pueda ser.

Algunas veces, como adultos, todos necesitamos aprender a decir no. Estamos en nuestro derecho a hacerlo. De una forma clara, sencilla y contundente. Tal vez eso no haga feliz a todo el mundo todo el tiempo, pero al menos la gente sabrá dónde tú —y ellos— estáis posicionados.



Unas simples gracias

La cola de Bob es en sí misma un sistema de señales.

Si la mueve bruscamente de un lado a otro significa que está agitado o disgustado. Pero si el balanceo es más lento y rítmico —como la escobilla de un limpiaparabrisas— entonces es señal de satisfacción. Todo está bien en su mundo.

A menudo me he preguntado por qué siente la necesidad de indicar las cosas de ese modo. Estoy seguro de que no es para ayudarme. A pesar de todo, siempre me ha gustado ver ese movimiento tan indicativo a cámara lenta. Para mí vale tanto como si me estuviera escribiendo una nota de agradecimiento o enviándome flores o una caja de bombones.

Si tan solo los demás hicieran lo mismo, aunque fuera inconscientemente.



El silencio es oro

Bob tiene un lenguaje propio, un sistema altamente efectivo de transmitir exactamente lo que quiere decir. Y a mí me resulta fascinante de contemplar. Eso me ha enseñado mucho sobre las herramientas útiles en el arte de la comunicación.

Hay días, por ejemplo, en los que Bob se sienta a mi lado y apenas emite un ruido desde que amanece hasta el atardecer. Nunca me preocupo por ello. Eso debe significar que está contento. Si no fuera así, me lo haría saber rápidamente.

A menudo asiento y le sonrío pensativo. Si al menos eso fuera verdad en el mundo de los humanos, me digo a mí mismo. Con tanta gente hablando cuando no tienen nada que decir, cuando estarían mucho mejor si apreciaran que a veces el silencio es auténtico oro.

Cuanto más silencioso te vuelvas, más podrás escuchar.



Una red social

Cuando Bob y yo asistimos a nuestra primera firma de libros, recibí una buena cantidad de sorpresas. Para empezar, me quedé asombrado —y genuinamente conmovido— por el número de personas que se acercaron a conocernos. Por lo que a mí respecta, era como una especie de milagro. No pensaba que nadie pudiera estar interesado.

Pero la otra sorpresa increíble fue el modo en que Bob reaccionó ante tanta atención. Parecía disfrutar sinceramente con ello. No le importó que la gente le acariciara sin motivo. Permaneció totalmente bajo control. Si le entraba sueño, se echaba una cabezadita. Y cuando llegó el momento de volver a casa, me lo hizo saber en términos que no dejaban lugar a dudas. Pero en general se mostró feliz por interactuar con la gente, especialmente con aquellos que llevaban premios para él.

Eso me hizo pensar. Existen muchos estudios científicos que demuestran que la salud humana y el bienestar mejoran con una interacción social regular. En resumen, el aislamiento es malo, pero mezclarse con gente, aunque solo sea una breve charla en una tienda o en el parque, es bueno para nosotros.

Sospecho, una vez más, que los gatos lo saben. Y esa es una de las razones por las que gravitan alrededor de nosotros, los humanos.



Deja entrar el amor

Estoy seguro de que todo aquel que ha tenido o ha conocido a un gato coincidirá conmigo en esta verdad universal: ellos nunca jamás rechazan el cariño. Bob desde luego no lo hace. Empieza a hacerle cosquillas debajo del cuello o a acariciarle la nuca, y frotará su cabeza contra ti quedándose allí quieto. Es como si dijera: «Sí, me merezco esta atención, por favor continúa».

Algunas veces, si siente esa necesidad, saltará directamente sobre ti y se tenderá todo lo largo, invitándote directamente a que le acaricies su tripa. Él parece adorarlo y no cansarse nunca de ello. Yo no suelo pasar más de unos cuantos minutos acariciándole, pero reconozco que si lo hiciera durante una hora, él sería totalmente feliz.

En una ocasión pensé que todos podríamos aprender de ello. Muchos de nosotros rechazamos las muestras de afecto espontáneas y sinceras, ya sean de un amigo o un pariente, o de alguien a quien queremos. Yo mismo me declaro culpable de ello. Y reaccionamos así por muchas razones: miedo, vergüenza, inseguridad.

Si lo piensas detenidamente no tiene sentido. El amor es un bien que escasea en este mundo, así que cuando se nos ofrece, deberíamos abrazarlo. Todos deberíamos seguir el ejemplo de Bob. Y dejar entrar el amor.



Diviértete y hazlo a menudo

A la hora de jugar, Bob no es muy diferente de los demás gatos. Nada le gusta más que lanzar su juguete favorito por la habitación, o dar saltos maníacos arriba y abajo tratando de captar los rayos de sol que bailan sobre la pared. En Navidad, es capaz de entretenerse durante siglos con un trozo de papel de envolver usado.

Es como si estuviera perdido en su mundo, motivado por quién sabe qué. ¿Estará tratando de atrapar un ratón o simplemente disfrutando de la diversión de lanzarlo por la habitación? ¿Pretende desgarrar el papel de envolver los regalos de Navidad en tiras, o simplemente le gusta el sonido y la sensación del papel arrugado? Quién sabe. Y lo más importante, ¿a quién le importa?

Lo que está claro es que eso le proporciona mucho entretenimiento, y supone una ruptura en su rutina diaria. Y mientras lo hace, el resto del mundo queda totalmente olvidado. Todos necesitamos hacerlo de vez en cuando, ¿no es cierto?



No ser esclavos del reloj

Como todos los gatos, Bob obedece a su reloj corporal. Sabe cuándo empieza el día y cuándo

termina. Cuándo es hora de dormir y cuándo de comer. *Sobre todo* cuándo es hora de comer. Pero más allá de eso, el tiempo —tal y como lo conocemos— tiene poca importancia para él. No hay ningún reloj que dicte cómo debe pasar las horas de cada día.

Nosotros somos muy diferentes, desde luego. Somos esclavos del reloj. Vivimos según el paso del tiempo, y lamentamos el modo en que los momentos se van. Estamos constantemente contando las horas, los días, los meses y los años.



Podríamos aprender mucho de la actitud de Bob. Tal vez viviéramos de forma más agradable, llenando más nuestras vidas. ¿Y quizá también alargando nuestra vida?



No prestes atención a lo que otros piensan de ti

Los gatos no tienen la carga de preocuparse por lo que otros gatos piensan de ellos. Bueno, al menos hasta donde nosotros sabemos.

Estoy totalmente convencido de que Bob no está obsesionado con su reputación. Él no parece interesado por cómo «gusta» a la gente en los medios de comunicación (a pesar de que muchos miles sí lo hacen). No está absolutamente nada preocupado por lo que la gente pueda decir de él públicamente. No le importa. A Bob simplemente le basta con ser él mismo. Con vivir su día a día y al hacerlo, desplegar su verdadero carácter. Si eso gusta a la gente, entonces genial. Y si no, no importa. Él es quien es —y no hay más que hablar.

Si tan solo nosotros pudiéramos adoptar esa actitud.

Muchos nos consumimos de preocupación por lo que los demás puedan pensar o decir de nosotros, cuando nos iría mucho mejor si nos centráramos en nuestro verdadero carácter y no tanto en las «reputaciones» que pueden surgir o caer sin razón aparente. Ser nosotros mismos, decir lo que realmente sentimos.

Eso, después de todo, es la verdad. Y al final es lo que cuenta.



Vive los años, no los cuentas

Mientras escribo estas páginas, Bob ha cumplido ya once años, quizá más. Como gato doméstico, existe incluso la posibilidad de que pueda vivir otros siete u ocho años más y llegar incluso hasta los veinte. Él, por supuesto, no es consciente de ello. Tal vez esté en la mitad de su vida, pero no va a sufrir una crisis de la mediana edad.

Nunca hará nada drástico como comprarse un coche deportivo o salir huyendo a un retiro budista en Nepal. Tampoco va a reinventarse completamente porque súbitamente sea consciente de su mortalidad.

Aunque nunca podamos saberlo con certeza, imagino que envejecer es simplemente algo que él nota. No se dedica a contar los años. Simplemente los está viviendo. ¿No sería mucho más beneficioso pensar algunas veces de esa manera? Ninguno de nosotros debería definirse por su edad cronológica.

La edad en realidad es solo un número.



No crezcas

Bob puede que sea mayor, pero definitivamente sigue en contacto con su gatito interior. La parte más joven y juguetona de él siempre está ahí.

A veces juega con un muñeco, o se dedica a atrapar el reflejo del cristal en la pared. Y en otras ocasiones encuentra alguna caja de cartón o un trozo de papel y se entretiene jugando con ello.

Es una prueba de algo que escuché una vez: es más fácil envejecer si aún te queda una parte no adulta. Tal vez todos deberíamos ver el mundo de ese modo.



Es la vida en tus años

Incluso a medida que se hace mayor, Bob vive su vida de lleno, haciendo exactamente lo que quiere y cuando quiere.

Si lo que le apetece es pasar su día hecho un ovillo observando el mundo desfilando ante él, lo hace. Si quiere ocuparlo jugando o persiguiendo cosas alrededor de la casa, también lo hace. Vive bajo sus propios términos, ignorando el paso del tiempo.

Algunas veces lo miro y pienso que es la reencarnación de otro viejo dicho: «No son los años en tu vida lo que cuentan, es la vida en tus años».



Permanece abierto a los cambios

Según se va haciendo mayor, Bob ha ido cambiando sutilmente su modo de ser.

Ahora se da más tiempo para descansar y recuperarse. Si ha tenido un día muy ajetreado, suele dormir una hora más y también empezar su día un poco más tarde a la mañana siguiente. Además intenta no darse demasiada prisa en el proceso. Sus hábitos de comida también se han modificado ligeramente. Prefiere tomar comida blanda por las noches, y le gusta hacerlo a las siete y media de la tarde en punto.

Todo hay ido sucediendo de forma natural y progresiva. Es como si su cuerpo le dijera que necesita modificarse. Algo de lo que todos podríamos aprender. Todos necesitamos mantenernos abiertos a los cambios.



SEXTA PARTE.
La universidad de Bob.
Lecciones para el día a día



Compartir mi vida con Bob es un aprendizaje constante. Cada día hay algo nuevo que aprender. A veces es simplemente verle interactuar con el mundo que le rodea. En otras ocasiones son las situaciones en las que nos vemos envueltos, tanto en casa como en nuestros viajes juntos.

Es como si me hubiese inscrito como un estudiante de por vida en la universidad de Bob.



Caer siete veces, levantarte ocho

Una noche de verano quedé para verme con un viejo amigo, Steve, y tomar algo.

Estábamos en plena ola de calor así que nos sentamos a tomar una cerveza en una terraza y yo colgué mi mochila de un gancho clavado en la pared, aproximadamente a metro y medio del suelo. Bob se sentó en el banco a mi lado, absorbiendo los últimos rayos de sol.

Me ausenté un momento para entrar en el bar y les dejé solos. Cuando regresé, Steve sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté.

—Bob ha estado entreteniéndome —declaró.

—¿Qué es lo que ha estado haciendo?

—Ha intentado sacar algo de tu bolsa. Yo no estaba seguro si debía dejarle o no —comentó, señalando la mochila, y el distintivo color de un paquete de galletitas que sobresalía de uno de los bolsillos.

—Ah, sus premios favoritos. ¿Y qué es lo que ha hecho?

—Ha sido muy gracioso. Primero ha tratado de saltar directamente en el aire para atraparla, pero como eso no ha funcionado, ha empezado a balancearse sobre esa silla de ahí, que no ha podido aguantar su peso.

Ahora yo también me reía.

—Ha estado a punto de conseguirlo una vez —explicó Steve—. Cuando saltó de la mesa y logró agarrar un lateral de la mochila. Se ha quedado colgando de sus garras, pero no ha podido

sostenerse y ha vuelto a deslizarse de nuevo, como un dibujo animado.

Le hice una caricia a Bob en la cabeza.

—Nunca te rindes, ¿verdad, colega? —dije.

Y entonces estiré el brazo para coger las galletitas de la mochila y le di un par de premios.

Steve no podía dejar de sonreír. Él tiene algo de filósofo o al menos eso es lo que le gusta pensar.

—Dicen que ese es el secreto de la vida —afirmó.

—¿Y cuál es?

—Caer siete veces y levantarte ocho.

Sonreí. Tenía razón. Nunca deberíamos rendirnos. La perseverancia siempre tiene su premio.



Confía en tus instintos

Bob y yo íbamos caminando por el West End, de vuelta a casa, después de una reunión, cuando se me ocurrió tomar la dirección de nuestro antiguo «puesto» en Neal Street, donde mi vieja amiga Sam coordinaba las ventas de *The Big Issue* del pequeño ejército de vendedores de la zona. Hacía tiempo que no la veía y me apetecía saludarla.

No llevábamos demasiado tiempo andando cuando Bob empezó a mostrarse agitado, dando vueltas en círculo sobre mi hombro y emitiendo un agudo maullido.

Le dejé bajar al suelo, le di un premio, y luego continuamos caminando. Seguía estando incómodo. Recorrimos otros doscientos metros por otra calle cuando descubrí un tremendo alboroto en la esquina que tenía delante.

Un humo negro se arremolinaba en el aire y pude escuchar las sirenas de los bomberos acercándose. Ya había hombres con chaquetas amarillas acordonando la zona y turistas y vendedores siendo rápidamente apartados de la escena.

Estaba claro que había sucedido algo grave, un fuego o tal vez algo peor, algún tipo de incidente terrorista. Así que coloqué a Bob sobre mis hombros y di un rodeo regresando hasta la estación del ferrocarril desde donde nos dirigiríamos a nuestra casa en Surrey.

Afortunadamente, más tarde supe por Sam que el incidente había sido menor: un incendio de una casa causado por alguien que dejó el hornillo de la cocina encendido. Nadie había resultado herido. Pero fácilmente habría podido acabar en algo mucho peor. Ese incidente se quedó grabado en mi mente por la forma en que Bob había reaccionado.

Los gatos tienen unos sentidos altamente desarrollados que les permiten detectar cosas que los humanos no podemos, tales como terremotos o grandes tormentas. También pueden captar enfermedades humanas, y concretamente la epilepsia. Bob instintivamente había advertido algo en el West End. Por suerte mi instinto había sido escucharle.

Eso reforzó algo en lo que hace tiempo que creo. Que todos debemos escuchar nuestros instintos, nuestras sensaciones viscerales. Invariablemente, siempre tienen razón.



Cambiar el mundo de una persona

Bob y yo estábamos sentados en un portal, refugiándonos de la lluvia. Esta literalmente rebotaba contra el asfalto; no había demasiadas perspectivas de poder vender ninguna revista.

Entonces, como surgida de ninguna parte, se nos acercó una joven muy llamativa. Era muy guapa, con cabello oscuro y envuelta en un impermeable amarillo.

A juzgar por su acento, debía de ser rusa o algo así. Se inclinó y revolvió suavemente el pelo de la nuca de Bob. Advertí que llevaba una pulsera con una inscripción en otro idioma. Le pregunté qué significaba.

Ella sonrió.

—Es una expresión típica de Estonia. De donde yo soy. Y dice: «Quien no da gracias por lo pequeño, no dará gracias por lo grande».

—Qué verdad es esa —declaré, devolviéndole la sonrisa.

Ella se quedó unos minutos con nosotros charlando de nada en particular. Luego me entregó un par de libras por la revista, antes de acariciar por última vez a Bob y marcharse.

—Gracias —dijo.

Le di un pequeño abrazo.

—No, gracias a ti —respondí.

El mayor impacto puede proceder a veces de los actos más pequeños. Lo que esa chica hizo esa tarde fue algo menor. Simplemente nos dedicó unos momentos, pero eso significó mucho para mí. No hay que cambiar el mundo entero para ayudar a alguien, algunas veces basta con cambiar el mundo de esa persona durante unos instantes.



Encuentra tu dicha

Cuando Bob y yo tocábamos en la calle siempre me sorprendía verle tan relajado sentado en medio de la multitud en pleno Covent Garden y alrededor de Piccadilly.

En las raras ocasiones en que se le veía agitado, siempre había algo con lo que poder calmarlo: la música. Tan pronto empezaba a rasgar mi guitarra, el lenguaje de su cuerpo cambiaba. Parecía más sosegado. El movimiento de su cola regresaba a ese patrón de limpiaparabrisas que indicaba que estaba contento, que había encontrado su propia forma de dicha.

Más recientemente, si estoy grabando música en mi pequeño estudio en casa, suele sentarse directamente detrás de mí cuando el sonido está retumbando. No importa lo alto que llegue, y puede ser mucho, él quiere estar ahí.

La música ha sido, en distintos momentos, mi propia tabla de salvación. Viendo su impacto en Bob me ha hecho recordar que todos tenemos algo que posee el poder de calmarnos, restaurarnos

y levantarnos cuando lo necesitamos.

A veces todos necesitamos encontrar nuestra propia dicha.



El valor de preguntar

Un día estaba sentado con Bob en el exterior de una cafetería en Islington. Era un lugar muy *hippie*, y el interior tenía las paredes cubiertas de pequeños fragmentos filosóficos, dichos y mantras. Pequeños retazos de sabiduría.

Al ir a pedir un café, uno de ellos llamó mi atención.

«Sé suficientemente fuerte para mantenerte solo, suficientemente inteligente para saber cuándo necesitas ayuda y suficientemente valiente para tener el valor de pedirla».

Eso me hizo pensar inmediatamente en Bob.

Cuando estuvo herido, consiguió apartarse del peligro en el que estaba y llegar hasta mi bloque de pisos. De alguna forma había comprendido que esa era la mejor manera de obtener ayuda. Tal y como resultó, sus instintos le llevaron hasta mí.

Por supuesto su experiencia era un eco de la mía. Durante el periodo de mi vida en que fui un indigente, me expuse a peligros terribles. Sin embargo había encontrado la fuerza para salir de ahí, reconocer que necesitaba librarme de mi adicción a las drogas y buscar el tratamiento que necesitaba.

Últimamente, cuando colaboro en labores de beneficencia, a menudo me piden que dé consejo a adictos o personas sin hogar que se sienten perdidas e incapaces de escapar a sus destinos. Y casi siempre me remito a ese dicho de la cafetería.

En nuestros momentos más bajos, todos necesitamos encontrar la fuerza para estar a solas, la inteligencia para saber que necesitamos ayuda y, lo más importante de todo, el valor para pedirla.



Lo nuevo no siempre es lo mejor

Durante muchos años el juguete favorito de Bob ha sido su «andrajoso» ratón. Era un ajado y viejo trozo de tela con forma de animal, ojos hechos con botones y un trozo de cuerda como cola. Le encantaba tirar de él y desgarrarlo, darle vueltas y lanzarlo por la habitación para poder perseguirlo. Después de un tiempo se convirtió en un harapiento trapo, una sombra informe de su antiguo yo, pero a él no le importaba. Es más, le encantaba. Podía pasarse horas jugando con él.

Intenté reemplazarlo en un par de ocasiones, cambiándoselo por juguetes nuevos, pero él no mostró el menor interés por ninguno. En su lugar recorría el apartamento buscando su antiguo

ratón. Una vez incluso llegué a tirarlo a la basura, pero él lo olfateó y lo sacó de allí.

Me preocupaba sinceramente que pudiera ser perjudicial para su salud, que ese viejo tejido pudiera estar infectado. Y estaba convencido de que debería tener algo nuevo, brillante, más excitante. Pero me equivocaba de pleno.

Estaba viendo las cosas desde mi perspectiva. Para mí ese andrajoso ratón era un objeto triste y roto, que solo valía como basura. Pero Bob lo veía de forma totalmente diferente. Era su muñeco. El que le hacía feliz. El que le proporcionaba estimulación, entretenimiento y distracción. No necesitaba nada más. Después de aquello siguió teniéndolo durante años.

Hoy en día todo el mundo está obsesionado con tener la última versión de todo. El último móvil, portátil, videojuego, objeto de moda. Pero ¿por qué? Si las cosas cumplen su cometido, ¿realmente las necesitamos? ¿Es lo nuevo necesariamente mejor? Si nos paramos a pensarlo, probablemente nos sentiríamos igual de felices con lo que ya tenemos.



Lado positivo

Trabajar con Bob en el plató de la película fue un trabajo bastante exigente, y no solo porque a menudo teníamos que levantarnos a las cinco de la mañana para llegar a tiempo a los estudios.

A diferencia de los gatos «profesionales» contratados, Bob no había sido entrenado para actuar ante las cámaras y a menudo hacía cosas impredecibles. Por ejemplo dejaba caer la cabeza o se daba la vuelta cuando los cámaras querían que mirase directamente a la lente.

Tuve que desarrollar un repertorio de trucos y estratagemas para que mantuviera su mirada a la altura que la cámara necesitaba. Lo probé todo. Desde colocarme detrás de la cámara o chasquear los dedos, a señalar con un puntero láser la pared para hacer que mirase alrededor de la habitación.

Era inevitable que no siempre se atuviera al guion. Sin embargo el director, Roger Spottiswoode, utilizó esos momentos de improvisación de Bob obteniendo muy buenos resultados.

Un día, en lugar de sentarse inmóvil, que es lo que la cámara exigía, Bob empezó a perseguir el puntero láser por la habitación. Roger dejó que las cámaras siguieran grabando y utilizó ese metraje en otra escena en la que se ve a Bob persiguiendo un ratón.

Eso fue un recordatorio de que la vida raramente sale conforme a un plan preconcebido. Pero siempre podemos cambiar las dificultades a nuestro favor. Como suele decirse, cada nube tiene su parte buena. Siempre deberíamos buscar el lado positivo.



Todos tenemos algo que ofrecer

Faltaba una semana para Navidad y Bob y yo estábamos tratando de ganar lo suficiente para llegar a fin de mes en medio de una racha de mal tiempo. Una tarde, mientras estábamos tocando cerca de la avenida Shaftesbury, apareció una banda del Ejército de salvación y comenzó a cantar el villancico: «En el desolado invierno». Me descubrí cautivado por las palabras, en particular con el último verso:

*¿Qué puedo darle yo, tan pobre como soy?
Si fuera un pastor, le traería una oveja.
Si fuera un rey mago le ofrecería riquezas;
y yo qué puedo darle: le daré mi corazón.*

Los tiempos eran difíciles y súbitamente sentí pena de mí mismo.

Ajá, pensé. ¿Qué puedo darle yo? Nada.

Pero me equivocaba.

Justo entonces pasó una señora. Debía tener unos cincuenta y tantos años, iba bien vestida pero se la veía muy vulnerable.

—¿Le importa si me quedo un momento aquí con él? —preguntó, al ver a Bob.

—Por supuesto que no —contesté.

Mientras se sentaba y acariciaba a Bob, empezamos a charlar. Resultó que era el aniversario de la muerte de su hijo. Ella ya no estaba casada con el padre del chico y se dirigía a su casa, a un hogar vacío. Había tenido un gato, pero este había perecido seis meses atrás.

—Temo el momento en que llegue la noche —confesó, apartando una lágrima—. Estaré sola con mis recuerdos. Eres muy afortunado por tener a Bob contigo.

Me quedé paralizado. Me sentí un perfecto estúpido.

Todos tenemos algo que ofrecer. No importa lo pequeño o trivial que pensemos que sea, podría significar un mundo para otra persona. Sin importar la pena que sintamos por nosotros mismos, nunca deberíamos olvidarlo.



El poder de la esperanza

Bob parece ser capaz de animar e inspirar a la gente por donde quiera que vayamos. Ha sabido poner sonrisas en sus rostros, ya fueran jóvenes o viejos, y conmovió a muchos hasta las lágrimas. Para ser sincero, al principio me costó mucho entenderlo. ¿Cómo la historia de un gato que ayudaba a transformar la vida de un hombre problemático podía conmovir a tanta gente en tantas partes del mundo?

Un encuentro en Oslo, Noruega, arrojó un poco de luz a la cuestión.

Nuestros editores habían organizado un encuentro con una señora llamada Anne. Era una mujer invidente, que sin embargo había leído en Braille la versión adaptada de nuestros libros y se había

convertido en una de nuestras mayores seguidoras en Noruega. Estaba que no cabía de alegría ante la oportunidad de conocer a Bob, a pesar de que, obviamente, no iba a poder verlo.

Bob no siempre responde cuando alguien le toca, especialmente en momentos muy bulliciosos, pero cuando ella comenzó a acariciarlo, él le devolvió el gesto frotando su cabeza contra ella. Era como si percibiera la importancia que ese momento tenía para la mujer.

A través de un intérprete, alguien le preguntó ¿qué era lo que había despertado una emoción tan poderosa en ella? Su respuesta llegó en una sola palabra: esperanza.

La esperanza que ella había visto en la historia de Bob y mía había arrojado luz a su oscuridad, declaró. Le había dado esperanza donde, normalmente, no había demasiada. Era una respuesta sencilla, y también muy profunda. Eso me hizo comprender que todos necesitamos sentir esperanza. Y no importa dónde la veamos o encontremos.



No estamos solos

En 2017 Bob y yo tuvimos la suerte de visitar Tokio para asistir al estreno en Japón de la película *Un gato callejero llamado Bob*.

Al margen de todo el glamour, el momento más entrañable llegó cuando nos presentaron a dos vendedores de *The Big Issue*, Akira y Shinzo. Shinzo además tenía un gato callejero al que había llamado *Mi*. Había estado llevando una existencia muy sencilla, sobreviviendo de sobras de comida y durmiendo al aire libre. Luego había tratado de vender *The Big Issue*, pero le resultó difícil de soportar. No era capaz de atraer la atención de la gente. *Mi* había cambiado su suerte de golpe.

—La gente se muestra más abierta conmigo —declaró—. Se paran y me hablan.

Akira, por su parte, tenía una historia parecida. Había encontrado un gato abandonado en un parque. Lo había cuidado durante dos semanas hasta que el minino se reunió con su dueño. Esa noche, había decidido llevarse al gato con él para vender *The Big Issue* a las puertas de la estación central de ferrocarril, donde tenía su puesto.

—De pronto ya no era invisible. ¿Sabes lo que es sentirse así? —me preguntó.

—Sí, lo sé —asentí. Y le conté que no fue hasta que Bob llegó a mi lado cuando la gente comenzó a «verme».

Era como si me estuviera mirando en un espejo. Todos nos creemos únicos. Pensamos que a nadie le puede ir tan mal como a nosotros. Y no es cierto.

No importa lo desesperada que sea nuestra situación. No importa lo aislados y solos que podamos sentirnos, la verdad es que no estamos solos en absoluto. Siempre hay alguien ahí fuera como tú. Que está pasando por las mismas cosas. Necesité que Bob me llevara hasta el otro lado del mundo para mostrármelo.



Nunca malgastes una segunda oportunidad

Bob y yo estábamos muy lejos de casa, en una firma de libros en Berlín. Habíamos mantenido un ajetreado encuentro con gente durante casi una hora, cuando alcé la vista a la larga cola de gente y una cara entre la multitud llamó mi atención. Al principio, no podía creerlo. No puede ser ella, me dije. ¿Qué está haciendo aquí en Alemania? Pero a medida que se fue acercando a primera línea, advertí que realmente era ella. No quiero identificarla, así que voy a llamarla Hannah.

Hace aproximadamente ocho o nueve años, la vida de Hannah era tan desastrosa como la mía. Ella también era una indigente adicta a la heroína. A menudo dormíamos al aire libre en los mismos lugares de Londres. No había vuelto a verla desde esos oscuros días.

Ahora, para mí gran sorpresa, estaba allí, de pie, en la cola de una librería de Berlín. Decidimos vernos después y ponernos al día. Entonces me contó que había dejado Londres y su pasado para emprender una nueva vida sola. Me contó que ahora estaba limpia y tenía una relación. Su rostro resplandecía positivamente de salud y felicidad. Nos prometimos el uno al otro que volveríamos a vernos. (Y lo hicimos. Más adelante regresé a Berlín y pase más tiempo con ella).

Pero no fue hasta que pasaron algunos días y horas, cuando fui consciente de la importancia del momento. Al igual que Hannah, sé que la batalla contra la adicción es una lucha diaria. Que no desaparece del todo, ni nunca lo hará. Pero ambos hemos encontrado esperanza. Y podemos ver el camino por delante. Muchos de aquellos con quienes compartimos esos oscuros y lejanos días en la calle no han tenido tanta suerte. Nosotros hemos sido los afortunados que conseguimos salir con vida de ese terrible agujero.

A todos se nos conceden segundas oportunidades en la vida. Pero esas oportunidades no sirven de nada a menos que aprendamos de los errores que cometimos la primera vez.



Ahí por la gracia de Dios...

Una tarde de invierno caminábamos por el West End cuando Bob empezó a ponerse nervioso. Al principio pensé que se debía al frío, pero entonces comprendí que nos estaban siguiendo.

Al igual que Bob, a lo largo de estos años he ido desarrollando un sistema de radar para este tipo de cosas. Me di la vuelta y descubrí al tipo entre la muchedumbre. Era un chico joven un tanto escuálido, con pelo grasiento y una mochila en la espalda. Nosotros teníamos que atajar a través de un callejón para llegar a la estación. Apenas nos habíamos adentrado en la estrecha callejuela cuando Bob soltó un voluminoso maullido. El joven se había acercado dando tumbos hasta nosotros y tenía agarrada mi mochila.

Yo soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo, al igual que le pasa a Bob. Entre los dos conseguimos ahuyentarlo. Él salió corriendo, pero solo unos pocos metros antes de tropezar y caer al suelo. El chico se incorporó, hasta quedar de rodillas, y empezó a llorar.

En lugar de mandarle a paseo, me senté con él durante unos minutos y traté de hablarle. Saltaba a la vista que estaba desesperado. Había huido de un hogar de abusos en el norte de Inglaterra sin un céntimo en el bolsillo. Desde entonces no había tenido una sola noche de sueño decente en toda la semana y apenas había comido. Le expliqué cuáles eran los mejores refugios a los que podía acudir y le apunté un par de números de teléfono de beneficencia que podrían ayudarlo. También le di un poco de dinero. Era lo menos que podía hacer.

Si había una lección que había aprendido durante la época en que dormía al aire libre, era que la vida en las calles deshumaniza a la gente. La desesperación, la soledad y la falta de contacto humano decente te hunden. Y en el proceso, pierdes todo sentido de ti mismo, de lo que está bien y lo que está mal. Eso me había sucedido a mí.

De hecho, podía ver a mi yo más joven en este chico.

Todos nos precipitamos a la hora de emitir juicios. Y todos olvidamos que, con un ligero giro del destino, cualquiera de nosotros podría encontrarse en la calle.

Y eso, salvo por la gracia de Dios, nos puede ocurrir a todos.



No olvides de dónde vienes

Bob y yo nos acercábamos al final de una multitudinaria firma de libros en Londres. Llevábamos tres horas recibiendo y saludando a gente y aún quedaba una larga cola que daba la vuelta a la tienda. Los gerentes de la librería habían decidido que no podían dejar entrar a más personas. Muy a mi pesar, había tenido que acceder a que nadie más pudiera unirse a la cola.

Como de costumbre, contaba con un par de amigos de confianza para ayudarme. Uno de ellos se me acercó con aspecto preocupado.

—Hay una madre y una hija que han venido esta mañana en tren desde Glasgow. El tren se retrasó y acaban de llegar. Les han dicho que no van a poder conoceros ni a ti ni a Bob. Están realmente disgustadas.

—Diles que esperen —susurré en su oído.

Al final de la firma, mi amigo les hizo pasar. Yo les pedí que se sentaran y dejé que acariciaran a Bob durante un minuto mientras charlábamos. Suponía que él estaría exhausto al final de ese maratón de firmas, pero fue un santo con ellas.

—Le estamos tan agradecidas —dijo finalmente la hija cuando les expliqué que teníamos que marcharnos ya—. Es el cumpleaños de mi madre.

Sonreí.

—Creo que no lo habéis entendido bien —declaré dándole a la madre un abrazo—. Soy yo quien debería estaros agradecido. Sin gente como vosotras nunca habría podido salir de las calles.

Todos somos culpables de olvidar a veces nuestros orígenes. Pero no deberíamos olvidar nunca cómo hemos llegado a lo que somos en la vida, y ser agradecidos con aquellos que nos ayudaron a llegar.



Deja que la vida te sorprenda

Decir que la reciente transformación de mi vida ha sido una sorpresa sería quedarse muy corto. Nunca ni en un millón de años habría imaginado que me propondrían escribir un libro sobre mi amistad con Bob. Nunca ni en un millón de años habría anticipado que mis libros ocuparían las listas de los más vendidos en todo el mundo.

Y si le hubiera dicho a alguien que todo eso acabaría convirtiéndose en una película, que se estrenaría en el West End con Bob y yo siendo presentados a la futura reina de Inglaterra, entonces con toda razón, habrían pensado que estaba totalmente chalado. Y, sin embargo, sucedió.

Se dice que la sabiduría es la habilidad para aprender del cambio. Pues bien, si no hubiese adquirido cierta sabiduría —y perspectiva— de los enormes cambios acontecidos en mi vida, entonces habría muy poca esperanza para mí. Una de las cosas más sencillas que he aprendido es que muchas veces tienes que dejar que el destino juegue su papel.

A veces las mejores cosas suceden de forma inesperada. Sin que aparentemente haya ninguna razón. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. Así que lo mejor es simplemente dejar que suceda.

Dejar que suceda y que la vida te sorprenda.



El dinero no puede comprar el amor

Bob y yo estábamos sentados en la despampanante habitación de un hotel en Tokio. Había sido un día muy ajetreado y yo había decidido regalarnos con una cena realmente suculenta a cargo del servicio de habitaciones: un delicioso filete para mí y comida de gato gourmet con pollo para Bob. Realmente era digna de un hotel de lujo de cinco estrellas.

Mientras estaba disfrutando de la comida, no pude evitar pensar en otros tiempos en los que teníamos comidas mucho menos sofisticadas. Recuerdo la primera noche que fuimos a tocar juntos en Covent Garden y como, gracias al carisma de Bob, gané dos o tres veces más de lo que solía conseguir. Entonces me regalé un plato de pasta con curry y a Bob le compré una lata de atún. Por aquel entonces yo estaba acostumbrado a comer de lata. O vivir simplemente de los cereales del desayuno.

¿En qué se diferenciaba entonces esta noche? En nada, en realidad. Bien es cierto que la comida estaba servida en fina porcelana y que el vino era de una cosecha muy buena. Pero ciertamente en lo que a Bob concernía, eso no importaba nada.

Para Bob carece de importancia que estemos en un hotel de cinco estrellas o en un apartamento en una quinta planta. No importa si yo tengo cincuenta céntimos o cincuenta libras en mi bolsillo.

El dinero, o la riqueza, como queráis llamarlo, es algo transitorio. Viene y se va. Todos hemos atravesado periodos de opulencia y de hambre. Momentos en los que nos hemos sentido, al menos financieramente hablando, ricos y pobres. Pero esa es solo una parte de la película.

El dinero no da las cosas más importantes de la vida. Y ciertamente no compra el amor.

Mientras comíamos como reyes en nuestra suite de Tokio, le di a Bob un pequeño achuchón. Incluso si fuera a acabar de vuelta en las calles, aún seguiría siendo un hombre rico.

Siempre que él estuviera conmigo.



AGRADECIMIENTOS

No podría dejar que un libro como este termine sin recurrir a otra lección de sabiduría que he recogido durante el tiempo compartido con Bob: la importancia de decir gracias. Han pasado seis años desde mi primer libro, mis primeros pasos vacilantes en el mundo de la edición. En 2012, cuando *Un gato callejero llamado Bob* vio la luz, yo estaba bastante perdido. Pero ahora —media docena de libros después— cada nuevo proyecto editorial parece una reunión con viejos amigos de confianza. Ese es el caso de Rowena Webb, mi editora en Hodder and Stoughton, quien me llamó por primer vez hace ya tantos años y cuya idea ha sido la chispa para este nuevo libro. Ella, por lo tanto, debe tener mi primer agradecimiento. También me gustaría destacar a Kerry Hood, Rosie Stephen, Ian Wong y a todo el equipo lleno de talento de Hodder, así como a Dan Williams por sus adorables ilustraciones. Gracias también a mi agente Lesley Thorne y a toda la gente de Aitken Alexander por todo el trabajo que llevan a cabo en mi nombre. Realmente lo valoro. Por último —pero no menos importante—, debo dar las gracias a Garry Jenkins, que es quien lleva en este largo viaje más tiempo, de hecho desde un frío día de diciembre de 2010, cuando Bob y yo le conocimos en las calles de Angel, Islington. De alguna manera, él siempre se las arregla para encontrar las palabras adecuadas —aunque sospecho que ni él tiene suficientes para resumir la deuda de gratitud que le debo—. Así que voy a terminar por donde empecé, diciendo simplemente gracias.

El pequeño libro de Bob

Para saber más acerca de James y Bob, visita su web:

www.streetcatbob.world

También les puedes seguir en Twitter:

www.twitter.com/streetcatbob

o visitar su página de Facebook en:

www.facebook.com/streetcatbob

para conocer sus últimas noticias, historias y fotografías.